

# EL CÍRCULO DE HUMO

*Jordi Matamoros*

# PRÓLOGO

Siempre he pensado que Badalona es como una balsa de aceite flotando sobre un mar de mierda.

En principio, al nacer, todos nos movemos sobre dicha balsa pero, de tanto en tanto, el aceite cede y la inmundicia abre sus fauces. Es entonces cuando ese lodo putrefacto engulle ciudadanos como si fueran frutas maduras. Estos caen irremediabilmente en las garras de la desesperanza.

*Eludir la realidad contigo.*

*Escapar con ansia hacia el infinito.*

*Eludir tu mente, eludir mi mente.*

*Ser simplemente uno,*

*uno nada más...*

# CAPÍTULO 1

Aquella última calada de aquel penúltimo canuto, era el preludio de que la fiesta llegaba a su fin. El amanecer no tardaría en hacer acto de presencia. El silencio de La Rambla era roto únicamente por las carcajadas que solo consiguen arrancarte esos primeros porros que consumes en la precaria frontera de la adolescencia. Mi amigo y yo enfilamos la Calle del Mar, una emblemática travesía de Badalona que en los días de verano se transformaba en un hervidero de gente comprando en dos rengleras de tiendas sin final. Pero a las cuatro de la madrugada, cuando nosotros pasamos por ella camino a casa, no era más que un pasillo desierto desde el mar hasta la Plaza del Ayuntamiento.

Aquella noche, como tantas otras, éramos los procesionarios de la risa. Conforme avanzábamos por la adoquinada calle, sin prisas, puesto que las continuas carcajadas provocadas por cualquier tontería hacían que nuestras “reverencias a la nada” no tuvieran fin, descubrimos, a lo lejos, un extraño bulto. La luz era escasa y no lográbamos distinguir de qué se trataba. Mientras nos acercábamos, la curiosidad consiguió apaciguar la risa y, poco a poco, el contorno de “aquello” fue tomando forma, a la vez que un llanto apagado llegaba a nuestros oídos.

—¡Hostias, *nen!* Es un tío en una silla de ruedas —dijo mi amigo Jordi, al cual siempre llamábamos Cañete, era su apodo cariñoso.

—¿Qué dices? —dije, esforzándome por centrar el objeto.

—¡¡¡Que es un puto tío en una silla de ruedas, Juampe!!! —Ese era mi nombre.

Con curiosidad avanzamos hacia él, mientras Cañete intentaba acallar otro ataque de risa sin demasiado éxito. Al llegar a su lado, comprobamos que era un señor minusválido de unos sesenta años, sentado en su silla de ruedas y llorando desconsoladamente. Esta vez, la pena que sentimos casi consiguió arrasar con la risa. Al preguntarle si necesitaba ayuda —sin sonreír siquiera, tarea que no resultó sencilla cuando tras el inválido, mi amigo me miraba y volvía a caer en ese ataque de risa provocado por lo rocambolesco de la situación y el considerable pepinazo debido a la gran fumada de hachís—, el pobre hombre, en un estado de embriaguez importante, nos narró su historia entre sollozos...

Nos contó que nadie lo quería, que su vida era una mierda, que su familia lo había echado a la calle y que el Estado también se había desprendido de él. Nos dijo que no sabía qué hacer, que estaba desesperado... Nos animó a que continuáramos nuestro camino, nos conminó a que lo abandonáramos. Decía una y otra vez, que lo único que quería era morir. Nos sentimos tan alarmados, que la risa, esta vez, desapareció por completo y unos crueles versos vinieron a mi mente:

*No eres más que un ser que mira  
sentado en una silla de ruedas.  
Contemplas desde la ventana de tu habitación  
cómo los niños juegan,  
y lloras de tristeza e impotencia...*

Estuvimos intentando hacer entrar en razón al pobre hombre durante casi media hora, calmándolo y convenciéndolo para que nos permitiera acompañarle hasta el cuartel de la Guardia Urbana, puesto que este no se hallaba lejos del lugar. Por fin, después de mucho insistir, cedió a nuestra propuesta. Desde allí al cuartel no había más de diez minutos andando, los cuales transcurrieron con una lentitud exasperante, pues el hombre nos contó sus peripecias, dispersándose mucho en la conversación debido a su contundente borrachera.

Nos explicó que en los tres últimos años lo habían expulsado de infinidad de asilos, repitiéndolo una y otra vez entre llantos y sonoras carcajadas; realmente parecía a punto de enloquecer. Su desesperación fue la base sobre la que nuestra indignación crecía conforme nos contaba su peculiar y triste historia.

Al llegar a nuestro destino, la comisaría, salió a recibirnos un policía; más bien nos barró el paso colocándose en el quicio de la puerta y mirándonos desde ella con desdén. Me extrañó mucho su actuación, pero... supuse que nuestros ojos rojos como tomates delataban nuestro estado, por lo cual pasé por alto su mirada y le expuse el porqué de que estuviéramos ahí. Al terminar, ante mi sorpresa, el policía -con un gesto que indicaba claramente que todo aquello le importaba un bledo- dijo:

—¿Y qué queréis que haga yo con él?

La indignación ya no cabía dentro de mí, me invadió un ataque de rabia tan grande que no pude contener mis palabras.

—¿Cómo? ¡Es usted un sinvergüenza! ¿Le parece normal? Estamos hablando de un pobre inválido, una persona a la que reiteradamente echan de asilos, una persona que... ¡Joder! Mire qué borrachera lleva, señor agente. ¿No ve que puede hacer una tontería? ¿Qué quiere, que me lo lleve yo? ¡Usted ha de buscar una solución! No es un perro, es una persona...

¡Oh! Qué noble me sentí... ¡Estúpida juventud! Entonces el policía aflojó aquella dura mirada, incluso una leve sonrisa pareció aflorar en sus ojos.

—Mira chaval —nos dijo, mirándome fijamente y relajando un poco su porte marcial—. Este tipo, este “pobre inválido”, es un alcohólico empedernido. Es un gran conocido nuestro, lo llamamos “El Jumea”. Pues bien, este tipejo, en cada casa de acogida donde ha estado, en cada asilo e incluso antes de eso, en su propia casa, tras cada borrachera, ya fuera con un palo o con cualquier cosa que tuviera a mano, la emprendía a golpes con todo aquel que osase ponerse a su alcance. Su violencia es tal, que nadie lo quiere a su cargo. Se está tramitando su reclusión en un psiquiátrico, pero mientras llega la orden de ingreso, hay un vacío legal que lo tiene vagando por las calles de nuestra ciudad. Por desgracia para vosotros, que he de reconocer que sois dos chavales muy nobles a pesar del colocón que lleváis de a saber qué sustancia, esta noche, y en ese vacío legal, habéis tenido la mala suerte de cruzaros con “este cabrón de mucho cuidado”.

Al decirnos esto nos quedamos de piedra. Aun así, el agente procedió a hacerse cargo de él. Nos dijo que nos fuéramos tranquilos, no sin antes advertirnos de que tuviéramos cuidado con las drogas. Conforme nos alejábamos, el inválido empezó a insultar a gritos al policía, profiriendo incluso amenazas de muerte. En fin, un espectáculo realmente extraño. ¿Dónde quedó la risa, nuestra risa? Ni idea, os puedo asegurar que en el trayecto a casa no hubo risas, ni siquiera palabras.

Enfilamos la Avenida President Companys camino de la Morera, nuestro barrio. No sé qué pasaba por la mente de mi amigo, yo empecé a pensar que, con algunas sustancias, de la risa al llanto solo hay un paso. Me juré a mi mismo no volver a consumir jamás nada que alterara mi consciencia...

¡Juventud, divina inocencia! Qué poco entendía yo entonces que la mayoría de nuestros propósitos, tan solo son palabras que se lleva el viento.

## CAPÍTULO 2

—¡Juampe! —gritó mi madre mientras aporreaba la puerta de mi habitación—. Tu amigo Cañete dice que si bajas. —Pobre Jordi, su apodo había sido transmutado al mundo de nuestros padres.

—Sí, mamá —contesté entre bostezos. El cansancio y el entumecimiento mental me pasaban factura.

Mientras me enfundaba a toda prisa mis Marlboro elásticos, talla 38 y pensaba en la china de hachís que me fumaría en breve con Cañete, mi madre procedía a someterme a su rutinario y particular tercer grado:

—¿A qué hora llegaste anoche?

—Huy, no sé... Tarde. —Ante su “inocente” y perspicaz interrogatorio, mi respuesta siempre era evasiva.

—Tu ropa huele a tabaco... ¿Fumaste?

—¡Joder mamá! ¡Sabes que no fumo! ¡Te lo he explicado mil veces! A donde voy, la gente fuma y simplemente, el humo se pega a la ropa - dije mientras me ponía una medio roída camiseta negra de Deep Purple y me preparaba para la pregunta del millón:

—¿No habrás bebido, verdad?

—No, mamá —contesté con voz cansina mientras miraba la hora: las diez—. Sabes que no bebo —mentí nuevamente. No tengo muy claro que creyese todas aquellas mentiras, más bien pienso que ella quería creerlas.

Nada más terminar de acordonarme las zapatillas “All Star” de aquel rojo chillón, despegué de la habitación despidiéndome rápidamente de mi madre. Descendí la escalera salvando los ocho peldaños de cada rellano de un imponente salto. Al llegar abajo abrí la puerta de la calle y, a contraluz, vi a Cañete sonriendo, como siempre, y con unas ojeras parecidas a las mías. Y es que una buena farra siempre acaba pasando factura.

¿Qué...?, interrogué con una mirada correspondiendo a su sonrisa. Cañete alzó la vista hacia el balcón; al comprobar que mi madre no nos observaba, cosa que solía hacer, me apremió:

—Venga. ¿Vamos a la pista?

—Y tanto —le dije.

Vivíamos en la Avenida Bach de Roda, una calle ancha y larga sin apenas tráfico; de casitas planta baja. Mayoritariamente habitada por gente de clase media bien establecida, trabajadores que, con un sobre esfuerzo, intentaban pagar su hipoteca como buenamente podían. Buena gente —por lo menos a simple vista, eso dependía de cada caso.

En el año 1983, el paro azotaba con fuerza a los jóvenes, a los mayores, incluso a los gatos si hubieran pretendido trabajar.

Andando sin prisa, eso sí, con risa —¡Coño! las risas eran nuestro sello, ya fuéramos fumados o no. A los dieciséis años, ¿quién es el guapo que puede contenerla?—, llegamos a la pista y la frase surgió de mí casi sin pensar:

—Hazte un porro. —Probablemente esa fue la frase que más dije y escuché en aquella época: hazte un porro, un canuto, un may, un flay, un petardo, una china... Las mil y una maneras de decir: “¡Quiero fumar!”

Nos sentamos en el respaldo de un banco. La pista era una pequeña plazoleta apartada y poco transitada donde solíamos ir a fumar. No molestábamos a nadie, tan solo nos fumábamos unos petardos y nos reíamos un poco. Cañete extrajo de su bolsillo la parafernalia: un papel sumamente arrugado y una china del tamaño de media uña. En definitiva, una mierda, pero era una costumbre. Solíamos dejar que Cañete administrara el chocolate, pues siempre guardaba una pequeña cantidad y, a la mañana siguiente, se agradecía.

—¿Tienes un cigarro? —Preguntó mientras, milagrosamente, conseguía hacer que aquel papel pareciera aprovechable.

—Sí —dije. E introduje mi mano en el bolsillo donde un extraplano paquete de Fortuna, guardaba como un tesoro, su último pitillo. No tardamos demasiado en fumarnos aquella mísera muestra. El efecto no era gran cosa, pero servía como placebo.

Nada más terminar, volvimos a nuestra calle. Por la hora que era, nuestros colegas debían de estar a punto de bajar. Nos encaminamos a *La Rúa*, la granja donde solíamos vernos y decidir qué haríamos durante ese día. Al llegar vimos a Atari. Francamente, a estas alturas, no recuerdo su verdadero nombre. El tiempo ha pasado y mi cerebro tiene algunas lagunas de aquella época, entendédme, no es que no lo recuerde, tan solo parece disiparse en una nube.

Atari era un individuo muy singular. Su pelo al estilo afro y un enorme bigote tipo Pancho Villa, conferían a su cara un aspecto macarra intenso; a pesar de ello, era un tipo de fiar... Bueno... Más o menos... A veces, creo que nada es lo que parece. A veces pienso que creamos un personaje con el que interactuar con los demás y que relegamos tan al subconsciente nuestro verdadero “yo”, que tarde o temprano desaparece incluso para uno mismo.

Nada más vernos, alzó la mano a modo de saludo —¡Uf! Deberíais haber visto sus ojos..., parecían dos semáforos—. Su sonrisa dejó al descubierto su dentadura; sus dos mellas centrales no le favorecían en absoluto. *¡Dios, qué careto!*, había exclamado más de una chica al verlo. Por aquel entonces debía de rondar la veintena y sí, como ya he dicho, era buen tío: putero, borracho, drogata y ladrón... Pero te sentías a gusto con él.

Era el típico chaval que ayudaba a la vecina a subir la compra, a pesar de que, si esa misma vecina se despistaba y dejaba el radiocasete extraíble en el coche, también era muy probable que Atari, sin ningún tipo de reparo, reventara el cristal de la ventanilla y, en menos de diez segundos, tuviera dicha radio en su poder.

—¡Juampe! ¡Cañete! Venid aquí. — Nos llamó— ¿Qué queréis tomar? —Casi siempre era muy efusivo, y digo “casi” porque solo era algo apático cuando no estaba colocado; por suerte —o por desgracia, ¿quién sabe?— casi siempre estaba drogado.

—Fede —llamé al camarero—. Pon dos Martinis. —Acto seguido, Atari apuró su cerveza y dijo:

—Que sean tres.

A las doce —y cinco Martinis después—, salimos de allí con una importante curda.

—¿Vamos a la pista? —preguntó Atari—. *¡Dios, sí, otro canuto!* —pensé mientras los tres, en una extraña amalgama de risas y empujones comenzamos a caminar. Al poco, la dichosa frase volvió a sonar. Atari me dio una buena piedra de costo y dijo:

—Hazte un porro.

## CAPÍTULO 3

Básicamente esas eran nuestras mañanas en aquella época. Luego, cada cual marchaba a su respectiva casa y cada uno, como podía, disimulaba su agustera.

Aquel día, después de comer, estuve escuchando música en mi habitación. Encerado en ella me sentía en mi propio mundo, mi lugar de evasión... Mi padre bebía en exceso, aunque solo lo hacía los fines de semana, pero se los pasaba totalmente borracho. Las broncas en casa no eran la excepción. Cada uno de mis hermanos lo llevaba como podía. Yo, personalmente, solía colocarme, e intentaba evitar la mirada de mi padre, pues cuando este se emborrachaba se transformaba en un verdadero cabrón. Una buena manera de esquivar sus broncas era comer deprisa, sin levantar la mirada del plato, decir lo mínimo y salir pitando hacia mi refugio nada más terminar el último bocado.

Me tumbé en mi cama, cerré los ojos, me puse los cascos y subí el volumen al máximo. En mi cerebro empezó a atronar el último casete que había adquirido de Radio Futura. Los posibles gritos de mis padres ya no tenían manera de llegar a mis oídos. Simplemente era cuestión de hacer pasar el tiempo.

Hacía nada, mis amigos y yo éramos tan solo niños que jugaban a pelota, a chapas, a canicas, a “churro, media manga, mangotero”... Y a la vez hacía tanto... Como quien dice, acababa de terminar nuestra etapa infantil y nos adentrábamos en la boca del lobo de la adolescencia, de la mano de las drogas.

Por aquel entonces, el chocolate flotaba casi perennemente en forma de humo sobre mi ciudad. El consumo de drogas era habitual. Los jóvenes las tomábamos a modo de diversión, o quizá a modo de evasión, quién sabe... No importaba el motivo, lo cierto es que las tomábamos.

El mundo de nuestros adultos no era, precisamente, una panacea de felicidad. En muchas casas, al igual que en la mía, el padre de familia bebía más de la cuenta y alguno que otro, zurraba sin muchos miramientos a su mujer.

Recuerdo que muchas de esas madres que te aleccionaban sobre el peligro de las drogas, soportaban su particular lucha diaria con un par de *optalidones* y un buen trago de vermut. Puede ser que llevaran un ojo morado, pero con su peculiar “remedio” se aseguraban una sonrisa de oreja a oreja.

Badalona alcanzó su condición de ciudad en el año 1897. Se encuentra a diez kilómetros de Barcelona, entre el Mediterráneo y la Sierra de Marina. Una ciudad convulsa que ha crecido con el esfuerzo —o las penalidades, según se mire— de miles de personas que, buscando una vida mejor, emigraron desde muchos lugares de España en una época donde las empresas crecían como hongos. Muchas familias tuvieron un nuevo comienzo. Pero bajo este telón de esperanza, subyace un submundo sórdido, un submundo que viví en primera persona, un submundo que aún puedo percibir si presto atención.

## CAPÍTULO 4

La tarde pasó con rapidez, así que me levanté de la cama, apagué la música y antes de bajar a la calle devoré un bocadillo tamaño gigante. El consumo de hachís y nuestra edad hacía de nosotros unos hambrientos perennes.

Una vez en la calle, esperé unos minutos y no tardé en ver cómo mis amigos iban apareciendo uno tras otro. Intercambiamos las consabidas sonrisas. Parecíamos larguiruchos palos de escoba. Antes de decir nada, miramos a nuestro alrededor; era importante cerciorarse de que ningún adulto nos oyera.

—¿Pillamos cien duros? —dijo Cañete. Antes de bajar al centro solíamos abastecernos de costo; independientemente de la droga que tocara, el chocolate acompañaba bien. Con un ligero asentir, Cañete, Pepe, Atari, Jaume y un servidor, nos encaminamos hacia el Barrio de Pomar. Cada cual sacó de su bolsillo la cantidad de 100 pesetas para reunir un total de 500. Una leve caminata nos separaba de una jugosa barra de hachís.

Conocíamos el barrio vecino, éramos asiduos a sus puntos de venta. Allí podías comprar lo que quisieras si disponías del dinero necesario. Cuando empecé a adquirir el hábito de colocarme, me sorprendió mucho el tipo de gente que traficaba. Me esperaba encontrar inmensos individuos tipo “armario ropero”, muy tatuados y con una cicatriz que medio cerrara su mirada. Alguno había de estas características —de todo hay en la viña del señor—, pero para mi sorpresa, uno de los mayores traficantes de la zona era una apacible ancianita. No recuerdo su nombre, hace tanto de eso... aunque sí recuerdo su apodo: “La Abuela”. Aquella mujer tenía, a la hora que fueras, todas las “chucherías” que quisieras.

En nada de tiempo teníamos el chocolate en nuestras manos. Nuestra excitación iba en aumento. Sabíamos que en breve iríamos fumados hasta las orejas.

—¿Nos hacemos un petardo? —preguntó Jaume quitándome las palabras de la boca.

Jaume era un tipo singular, de mediana estatura, espigado y moreno; sus ojos azules dejaban entrever una mirada extraña, no sé, como más fría de la cuenta. Al igual que todos nosotros, era un buen tipo. Ocultaba como podía el hecho de que su padre se cepillara a cualquier “cosa” con falda. Atari y yo, a veces, nos preguntábamos si el padre de Jaume dejaría pasar de largo a un escocés y estallábamos en carcajadas. Por descontado, nuestro amigo jamás supo de esta broma. A nuestro modo, y desde nuestra juventud, entrábamos ya de lleno en el adulto juego de la falsedad.

—Sí, toma —Cañete le dio una pieza de chocolate de la barra.

—¿Tenéis un mechero? —preguntó Jaume.

—Sí —dijo Pepe sacándolo de su bolsillo y lanzándoselo por el aire—. ¡Joder! ¡Qué costo más bueno! —No se equivocaba. Pepe tenía razón, el olor que desprendía al quemarlo así lo delataba.

Pepe era un buen amigo, solo que al ralentí, pero eso nunca fue un impedimento para nuestra amistad.

En ese momento, Atari alzó los brazos y bramó mientras saltaba:

—Un momento, un momento... *Er tito Atari tiene golosinas pa los nenes.* —Y estalló en una carcajada brutal mientras extraía algo de su bolsillo. Avanzó su mano hacia nosotros con el puño cerrado. Nos acercamos e hicimos corro alrededor del mismo, el cabrón tenía buena pinta. Adivinamos que contenía algún viaje hacia *los mundos de Alicia*. ¡Joder! Alicia sí que entendía de viajes.

—¿Qué llevas? —preguntó Pepe con ojos golosos— *¿Anfetás? ¿Valium? ¿Padillan? ¿Reinold?...*



—Nada de todo eso —dijo con una ancha sonrisa y el puño aún cerrado.

—¡Venga, coño! Abre la mano de una puta vez —explotó Jaume.

Atari empezó a reír como un loco mientras la abría, dejándonos ver, por fin, su contenido.

—¿Qué es eso? —le pregunté al ver en su mano cinco láminas de color verde, muy finas, transparentes y del tamaño de una uña.

—Son *tripis*, Juampe. LSD puro, no esa mierda de papel secante que venden impregnados de estricnina que lo único que hace es dispararte el ritmo cardíaco. Estos son gelatinas de auténtico LSD. Han llegado esta mañana de Holanda. Puro y auténtico alucinógeno de primera calidad.

—¿Y qué se supone que hace eso? —preguntó Cañete mientras le pasaba el canuto a Atari.

—Tío, esto hace que veas cosas que no son, que oigas cosas que no suenan, que seas incluso capaz de percibir la música como notas visuales. Esto, queridos colegas, es la puta hostia...

—¿Tú lo has probado? —preguntó Jaume.

—¡Qué va! Quería probarlo con vosotros. —Diciendo esto, nos repartió uno a cada uno y dijo que lo chupáramos hasta que, lentamente, se disolviera.

Así lo hicimos, ninguno de nosotros dudó. Quizá si hubiéramos sabido que aquella mierda era realmente buena... Quizá si hubiéramos sabido que cada pequeña lámina contenía más de veinte veces la dosis habitual... Solo quizá, no lo hubiéramos tomado. Pero lo tomamos. Para bien o para mal, el daño estaba hecho. No tardaríamos en comprobar que aquel gesto tan sencillo, aquella ingesta tan simple, sería el determinante de que nuestras vidas dieran un giro hacia la parte oscura del mundo.

—Esto no hace nada —dijo Pepe. Y todos, al unísono, estallamos en una sonora carcajada.

—¡Espérate, capullo! —Le dijo Atari—. Esto sube lentamente. No tengas prisa. Toma, fuma. —Le ofreció el canuto.

## CAPÍTULO 5

Reanudamos el paso. Regresábamos a La Morera cuando, a la altura del puente que hacía de paso fronterizo con Pomar, vimos una ambulancia y, bajo el puente, en la riera, los ocupantes de la ambulancia recogían a un joven. El chico estaba pálido como el mármol, sus ojos cerrados y su expresión de paz. Supimos al instante que estaba muerto. Es lo que tiene la heroína, te mata en paz. Su efecto suele bajar el ritmo cardíaco y respiratorio. Si la dosis es elevada, como era el caso, la muerte te sorprende en forma de plácido sueño.

—¡Hostias, es Marcos Gallán! —exclamó Pepe—. Iba conmigo al cole.

Marcos aún llevaba clavada la jeringuilla en su brazo. Era el sexto yonqui que moría en lo que iba de mes. En el telediario decían que estaban cayendo como moscas. Al parecer había llegado a Barcelona una partida de heroína con una pureza inusual y los heroínómanos, ignorantes de esta información, continuaban chutándose la cantidad acostumbrada, al ser la droga más pura de lo habitual, caían fritos de una sobredosis.

—¡Otro puto yonqui! —dijo Atari—. Los yonquis son purria. Vamos —nos apremió a continuar.

La verdad es que estábamos acostumbrados a aquel tipo de espectáculo, la muerte formaba parte del juego. La semana anterior, otro joven de 19 años, un hijo de puta muy peligroso, atracador y demás, se metió una sobredosis. No murió en el acto; se tumbó en pleno parque, sin camisa, sobre la hierba. Sudaba copiosamente. Esa mañana, ninguna madre paró allí para que su pequeño jugara. Mucha gente pasó cerca. Vieron su extraño color morado, su dificultad para respirar, vieron cómo el chaval perdía su vida poco a poco... Nadie lo auxilió. Vieron su agonía y aun así pensaron: *¡Que se joda!* Madres, abuelos, vecinos, conocidos... Todos pensaron lo mismo: *¡Que se joda!* Todos pensaron: *¡Qué se muera el puto yonqui!*... Y así fue. Nadie fue capaz de llamar a una puñetera ambulancia. *¡Otro perro ladrón menos!*, pensó todo el mundo. Siempre pensaré que toda esa gente “normal” colaboró en aquella muerte. La droga no solo modificó a aquel que la tomaba, la sociedad se transformó también. Realmente era una plaga: robos, atracos, delincuencia... Y todo ello nos tocó de lleno, con lo cual nos volvimos inmunes a su sufrimiento. Mi calle era el nexo de Pomar con el mundo; cada día una procesión de gente extraña, yonquis de toda Badalona pasaban por allí, camino a su particular dorado: la heroína. Eran fáciles de distinguir; de camino a Pomar eran nervio puro, prisa, sudores, confrontaciones, hostilidad... pero sobre todo ansiedad. De bajada, la cosa cambiaba; lentitud, vomiteras, calma en su mirada, relajación... Y vuelta a empezar. Su juego diario de papelinas de 2000 pesetas era simple: robar todo aquello que estuviera a su alcance, malvenderlo y comprar caballo. Un frenético juego sin fin... Bueno, con un fin muy predecible: la muerte. En mi calle se sufrían constantemente multitud de robos en vehículos, en casas, tirones de bolsos, atracos a punta de navaja... Todos conocíamos a los responsables. A veces veíamos sus fechorías a plena luz del sol, ¿y qué...? Nada, la gente solía mirar hacia otro lado, molestar a un yonqui podía suponer muchos problemas. En una ocasión apalizaron casi hasta la muerte a un vecino al que habían robado la moto y tuvo la osadía de denunciar el hecho. Era demencial... Quizá por eso, cuando uno de ellos moría nadie pensaba *pobre muchacho*, ¡qué va! Lo que pasaba por la mente de todo buen vecino era *¡Otro puto yonqui menos!* *¡Que se joda!* Y a todo esto ¿qué hacía la policía? Era tan sencillo como embolsarse parte del pastel...

## CAPÍTULO 6

—Tienes razón, Atari —dijo Jaume mientras reanudábamos el camino—. ¡Puto yonkarrón!

Una paradita rápida en nuestra calle, un par de litronas en el bar...

—Sí, señor Antonio. Ok, cobre el casco.

—No bebáis demasiado.

—No, señor Antonio. No se preocupe...

La letanía de siempre con el dueño del bar. ¿Qué más da quién lo dijera? Un día era Jaume, otro día Atari y otro yo mismo... Era una especie de protocolo preestablecido, una manera como otra del tabernero para apaciguar su alma, o quizá una simple manera de darnos conversación. Procurábamos salir del bar a toda prisa; los viernes noche solía haber bastantes peleas. Demasiado alcohol en la sangre de nuestros mayores, demasiados rencores, demasiado paro... Más de una vez, sus ánimos se exaltaban. Meses antes había visto cómo un tío le abría a otro la cabeza contra un bordillo y, por increíble que pudiera parecer, no paraba de golpearlo a pesar de que la sangre manaba sin cesar. Desde la puerta del bar, unos cuantos le animaban a seguir. Por suerte, ese día andábamos por allí y logramos convencer *al Cabezón* —así llamábamos al agresor— de que dejara de golpear a su amigo. Este, al oírnos, pareció salir de una especie de delirio asesino. Miró a su amigo y empezó a decir *¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo?* mientras lloraba atropelladamente. Lo dicho, una especie de submundo, aflorando continuamente a la superficie.

Esos tipos luego volvían a casa. Imaginad... Era tan fácil ver ojos morados y de nuevo optalidones y sonrisas ausentes en sus mujeres.

Empezamos a pasarnos las botellas de cerveza, mientras reemprendíamos el paso hacia el centro de Badalona.

—Hazte un canuto, Cañete —grité

—¡Quieres no chillar, subnormal! —me increpó mi amigo con razón, pues aún estábamos en zona de riesgo. En cualquier rincón un espía en forma de anciana despistada podía informar a tus padres de tus recónditas actividades.

—¡¡Sssshhh!! —le insté poniendo mi dedo pulgar ante mis labios, mientras no paraba de reír. Entonces caí en la cuenta de que Jaume se había puesto unas gafas de sol—. ¿Qué haces tío?

—¿Cómo que qué hago? —Su voz sonaba pastosa.

—*Nen*, ¡te acabas de poner una gafas de sol, capullo!

—¡Pues claro! Me molesta el sol.

—Claro, Jaume, tiene lógica. Sí, si no fuera por un pequeño detallito sin apenas importancia. —Todos estallamos en carcajadas, todos menos Jaume, él no entendía nuestra risa.

—¡Estáis colgados! —exclamó. Y sin ni siquiera sonreír, continuó andando. Avanzábamos con él, riendo como locos sin ningún motivo en particular. Recuerdo que de tanto reír llegué a tener flato y dolor de mandíbula, un dolor sordo que solo se produce cuando no puedes parar de desternillarte.

Empecé a vivir la noche como en una nube, como en un sueño que poco a poco se iría transformando en un macabro presagio.

—¡Jaume! —grité entre risas.

—¿Qué? —me contestó cansinamente alargando la “e” un buen rato.

—Tío. ¡Son las diez de la noche! ¡Está oscuro!

—¿Qué? Cómo? ¡No digas gilipolleces, joder! —Mientras me decía aquello se quitó las gafas y miró hacia un hipotético sol en plena noche, semi cerrando los ojos—. ¡Cómo va a ser de noche, loco! ¿Qué no veis cómo pica el condenado? —Diciendo esto volvió a colocárselas.

Mi risa cesó repentinamente. Por un segundo, quizá tan solo un breve segundo, percibí la luz, el calor de aquel sol que Jaume dijo ver. Me quedé perplejo durante un instante para luego estallar de nuevo en carcajadas, uniéndome al coro de los demás.

Avanzamos como zombis; zombis de la risa. Paso a paso, risa a risa, alcanzamos nuestro destino, un bar llamado *El Vasco* que se encontraba en la calle del Carme, cerca de La Rambla. Llegamos en procesión; Jaume, Atari, Pepe y Cañete entraron; yo cerraba la comitiva. Cuando me disponía a entrar al local, algo muy extraño llamó mi atención. Estaba unos metros más abajo de la puerta del bar; hacia allí me dirigí. Aluciné. En la semi oscuridad de una farola rota vi una gitana sentada en una silla de mimbre; una silla casi invisible bajo la negra y larga falda, solo asomaba parte de una pata, roída de mugre. La señora era sumamente gorda y apestaba a algo parecido a pescado podrido. Su cara, en consonancia con su cuerpo, era inmensa y redonda. Tenía las orejas, la nariz y la boca embutidas en la carne; sus ojos eran grandes, extremadamente grandes, pero lo que más llamó mi atención fue su expresión, o para ser más exactos, la ausencia de esta. ¡Por Dios! Ningún rasgo de su cara parecía tener expresión alguna. Durante todo el rato que la estuve observando —no sabría decir exactamente cuánto— ni siquiera parpadeó. Miraba hacia un punto indeterminado y su mente parecía vagar en un extraño mundo en blanco. Lo más absurdo de todo era que en una de sus manos sostenía un manojo enorme de globos de helio. Empecé a contarlos... ¡Uf! Treinta y dos globos multicolores y enormes. Una pregunta vino de inmediato a mi mente: ¿cuántos globos serían necesarios para elevar por el aire a la gitana? La respuesta no se hizo esperar, la gitana salió lanzada hacia el cielo, a una velocidad vertiginosa. Solo quedó la silla de mimbre que, en cuestión de nada, desapareció de mi vista absorbida por la férrea oscuridad de la noche.

—¿Juaampe? —Cuando Atari puso su mano en mi hombro, me giré despacio y le dije:

—Treinta y dos.

—¿Treinta y dos qué...?

—Hacen falta treinta y dos globos, tío.

—¿Estás bien, Juaampe?

—Sí. —Miré hacia donde segundos antes estaba la gitana. Nada, ni rastro de ella, ni de la silla. Tan solo vi un jarrón enorme que bien mirado, era tan inexpresivo como la gitana.

—Pues si estás bien, vamos al bar. Tómatelo con calma, tío, recuerda que llevas el cuerpo saturado de LSD ¿Ok?

Asentí con la cabeza, siendo consciente de que aquello había sido una simple alucinación.

## CAPÍTULO 7

*El Vasco* era un garito como tantos otros: un mar de gente componiendo una especie de gallinero verbal. Mil conversaciones a la vez, inconexas y dispersas. El local se hallaba sumido en una nube de humo que confería una sensación de irrealidad total, sobre todo acompañado del consumo de alcohol en exceso. Si te hacías un canuto con discreción, dejaban que te lo fumaras allí. A un lado, mesas cutres e infinidad de incómodas sillas, al otro, una gran barra y al fondo, coronando el espacio, una televisión Telefunken Pal Color hecha una mierda.

Días antes, en aquella misma *tele* emitieron una noticia que me impactó: la detención en Bolivia de Klaus Barbie, *El carnicero nazi*. Me llamó la atención la fragilidad de aquel pobre anciano.

El 83 fue un año de libertades. En Argentina se celebraron las primeras elecciones democráticas después de la cruel dictadura militar, y en Badalona teníamos plena libertad —si tenías pasta— para meterte la droga que te apeteciera. Como bien digo, un año de libertades...

Atari y yo nos dirigimos hacia la mesa en la cual esperaban nuestros colegas.

—¿Dónde te habías metido, Juampe? —me preguntó Pepe plantando ante mí una jarra helada de cerveza, mientras me sentaba.

—Estaba fuera, viendo unos globos. —Todos estallaron en carcajadas. El LSD hace de la risa tu compañera inseparable. Me quedé mirando largo rato la *tele*, me pareció interesante...

—¿Juampe?

—Dime, Cañete —dije sin separar la vista de ella.

—Tío ¡Está apagada!

—Lo sé. —Estallamos de nuevo en carcajadas. Atari volvía del lavabo con el último petardo encendido. En los altavoces del bar tronaba a todo volumen Pyromania de Def Leppard. Mis gustos musicales se decantaban más por Loquillo, Siniestro Total, Alaska y Dinarama... Es hoy y sigue encantándome la música de casa.

—Toma —Atari me pasó el petardo.

—¿No queda costo? —preguntó Pepe.

—Sí, hombre, sí —mintió Atari—. Toma, hazte uno.

Observé, perplejo, cómo Atari le daba un trozo de goma de la cubierta de una rueda, pero no dije nada...

—¿Qué os parece si vamos a ver si pillamos algo más de chocolate al bar Cirius —apuntó Cañete.

No nos hicimos de rogar, en un minuto estábamos en la calle, después de apurar nuestras cervezas de un trago. Siempre nos quedábamos cortos. Supongo que mirábamos de no pasarnos demasiado. Cuando calientas motores, a veces, te fumarías al mismo Dios, si este tuviera la facultad de alterar tu conciencia.

—El otro día soñé una cosa muy extraña —dijo Jaume—. ¡Joder! “Extraña”, curiosa palabra dicha por un individuo que en plena noche se deslumbraba por el sol. Al pensar en aquello no pude reprimir la risa.

—¿De qué te ríes? —dijo Atari mientras se acercaba.

—De nada —contesté intentando sofocar otra vez un conato de risa sin fin.

—Del colocón, tío —cortó Jaume rápidamente para derivar de nuevo la conversación hacia su historia—. ¿Os cuento el sueño o no?

—¿Qué sueño? —preguntó Atari.

—Cuenta, cuenta... —le apremié haciendo caso omiso a Atari.

Unos metros más atrás, vi cómo Cañete observaba fascinado las manos de Pepe. Este parecía estar calentando una piedra de chocolate con el encendedor: parecía no haberse dado cuenta de que íbamos a buscar costo precisamente porque no quedaba. Cañete me miró, estaba riéndose. Señaló a Pepe con un gesto de cabeza y moviendo exageradamente los labios pero sin emitir sonido alguno, articuló dos palabras: “está loco”. Pepe no fue consciente de ello. Empecé a reír, acababa de entender que lo que pretendía quemar era el trozo de goma que Atari le había dado momentos antes. Jaume acabó con mi risa de un puñetazo en el hombro.

—Bueno... ¿Cuento o no cuento?

—Cuenta, cuenta... —Atari me pasó el brazo alrededor del cuello mientras le decía a Jaume:

—Cuente, cuente, señor gerente... —Los dos estallamos en una gran carcajada.

Hacía rato que mi visión era difusa, no tan amplia como debiera, y una sensación de liviandad invadía mi cuerpo. Mirando mis pies pensé que los jodidos estaban súper lejos. El LSD toma el poder, pensé, y sonreí.

—¿Qué...? ¿Ya...? —cortó Jaume.

*Soñé que circulábamos por las angostas calles de la ciudad...*

—¡¡¡Uuuhhhh!!! —interrumpió Atari—. ¡¡¡Las “langostas” calles de la ciudadaaaad!!! —Esta vez reímos los tres.

—¡Joder, macho! ¡Qué pesado, Atari! ¿Lo cuento o no?

—Sí, sí, perdona —dijo hincando una rodilla en el suelo y juntando las manos simulando mostrar un gran arrepentimiento.

—¡Venga! —continuó Jaume.

*...Íbamos los cinco en un Land Rover. Aparcamos y nos dirigimos al “Vasco”. El cielo era muy gris; un gris amenazante, quizá incluso irreal. De repente, en la puerta del bar, tú, Atari, levantaste la cabeza y preguntaste:*

*“¿Os habéis dado cuenta del color del cielo?”*

*A lo cual respondimos todos a la vez:*

*“Sí, parece que va a llover”.*

*De repente, como por encantamiento, cuatro tíos aparecieron de la nada y empezaron a provocar una discusión que fue creciendo de tono hasta alcanzar de pleno el estado de pelea; una pelea “la hostia” de extraña.*

*Estábamos todos pegados a una pared. Nuestros cuerpos se movían lanzando puños, patadas..., pero a la vez parecían soldados a la pared. Componíamos un muy particular “Guernica”. Era como si una fuerza diabólica nos imantara a la pared. De repente me di cuenta de que ya podía moverme con soltura. Al desprenderme de la pared lo primero que hice fue miraros. Todos y cada uno de vosotros empezabais a tener sangre en vuestros rostros, en vuestras ropas... Entonces caí en la cuenta de lo raros que eran los cuatro tipos que nos habían increpado: rubios, altos y de complexión atlética. Sus ropas eran extrañas: antiguas túnicas, parecían griegas o romanas, no sabría decir. Me llamó sobremanera la atención, el color de sus pupilas: eran amarillas, de un amarillo chillón, como el puto “Piolín”.*

*Entonces* — continuó contando Jaime. La verdad es que a aquellas alturas escuchábamos absortos; no tengo muy claro de si era por la historia o por el hecho de que todo parecía girar a nuestro alrededor—, *de pronto, abro silenciosamente la puerta del Land Rover, que de repente está allí. ¡El puto coche allí, tío! ¡Joder! ¡Si lo habíamos aparcado lejos!...*

—Eso es normal. Son esas cosas que solo pueden pasar en los sueños.

—Claro. Supongo que tienes razón. Bueno, eso...

*...que abro la puerta y extraigo una pistola de la guantera, una de esas de los nazis, una Ruger. El odio más profundo se apoderó de mí mientras apuntaba el arma hacia el nutrido grupo de la pared, o sea, hacia los cuatro tipos y hacia vosotros mismos. Seguidamente efectué tres disparos.*

Mientras Jaime contaba aquello, un débil olor a goma quemada invadía el ambiente.

*...los tres proyectiles salen del arma y el ensordecedor sonido de las tres detonaciones reverbera en mis oídos. Los tres perforan la carne con ansia, hiriendo a dos de los rubiales. Pero algo no cuadraba...*

—¡¡Uufff!!! Mira, Atari, se me ponen los pelos de punta —interrumpió él mismo su relato.

*Pues bien* —continuó— *ni el que había recibido el impacto de la bala en la cabeza parecía sentir dolor. Al ver eso, tiré la “pipa” muy asustado...*

—¿Asustado, Jaime? Acojonado, diría yo —apunté.

—¡De la hostia! Acojonado de la hostia —corrigió él.

*...Corrí hasta meterme en el Land Rover y lo arranqué. Puse la marcha atrás y grité: ¡Apartaos! ¡Voy a machacar a esos hijos de puta!— Al segundo me lancé a toda velocidad contra la pared. Todos os despegasteis de ella como por ensalmo menos uno de los rubios; el tipo no vio llegar el vehículo, solo le dio tiempo a ver su propio pecho saltar en mil pedazos al alcanzarle de lleno. Su cara mostraba sorpresa. El motor siguió rugiendo mientras una densa humareda blanca lo cubrió todo pero solo por una décima de segundo, luego se evaporó en la nada, se desvaneció...*

*Cuando esto sucede, de golpe, es como si nada hubiera pasado. De repente estamos saliendo del Land Rover, como si acabáramos de llegar. No hay ni rastro de lo que acababa de suceder...*

—¡Joder, tío! —exclamé con tono mosqueado. Jaime se quedó sorprendido.

—¿No te mola? —me preguntó.

—No es eso. ¡Joder Pepe! ¿Quieres dejar de quemar la puta goma? —Pepe levantó la mirada y me dijo:

—Es costo. —Cañete tuvo que sentarse en el suelo, no podía parar de reír. Los demás lo imitamos incluso Jaime, el cual espetó a Pepe:

—¡Joder macho, pareces tonto! ¿Qué no ves que huele a goma? Si parece goma, se estira como la goma y al quemarlo huele a goma quemada, entonces, capullo, no es costo, ¡es goma! —Pepe, en pie, miró muy seriamente a Atari y le preguntó:

—¿No es costo? —Las carcajadas eran insaciables, necesitaban de todo nuestro cuerpo. Jaime, Cañete y yo nos acomodamos entre risas en el suelo, en medio de La Rambla, que a aquella hora estaba semivacía. Para mi sorpresa, Atari, manteniendo la compostura y sin dudar un segundo dijo:

—Pues claro que es costo. ¿Para qué iba yo a engañarte? —A lo que este, respondió:

—¡Pues también es verdad! —Y continuó quemando la goma de su mano. No dijimos nada, ¿para qué? (pensé). Al fin y al cabo, esa noche, cada uno tenía sus propias paranoias en mente.

Jaume, continuó explicando su sueño volviendo a ser el centro de atención.

—...*Fue como si al aparcar acabáramos de llegar, pero yo continuaba recordando la puta pelea. Solo hay un pequeño detalle que no cuadraba: Pepe ya no estaba, había desaparecido...*

—*¿Qué te pasa, Jaume? Pareces ausente.*

—*¿Qué dices, Cañete? —contesté. Estaba flipando, pero no dije nada, tan solo miré hacia arriba y comenté—: ¿Os habéis fijado? El cielo está gris.*

—*Sí, parece que va a llover.*

*Acto seguido nos pusimos a andar. Nos dirigimos a la discoteca “Tiburón”. Nueva realidad, nuevo destino —pensé.*

*Poco a poco, entramos a la discoteca. El ambiente, el de siempre, solo que algo extraño flotaba en él, algo irreal. Quizá la lentitud con la que se movía la gente, quizá el sonido amortiguado de la música, quizá el hecho de que, a pesar del humo, ese día no te picaban los ojos... Al poco, tú, Juampe —dijo señalándome— dijiste:*

—*Jaume, ¿vamos al “Vasco”?*

—*Bueno —dije, y salimos de aquel tugurio.*

*Al partir rumbo al “Vasco” no podía quitarme de la cabeza la movida de hacía un rato, que tan solo yo parecía recordar. Miré el cielo y vi que continuaba gris. Entonces caí en la cuenta de que Juampe —dijo dirigiéndose a todos— se había alejado mucho... Te llamé, mas tú parecías no oírme. Corrí hacia ti, pero la calle se llenó de gente y cuanto más intentaba correr, más gente se interponía en mi camino. Cada vez estabas más lejos. Comprendí que era inútil intentar llegar hasta ti, así que decidí dejar de correr, pensé en ir al “Vasco”, al fin y al cabo hacia allí nos dirigíamos. Ya nos encontraríamos.*

*Al llegar, Joan, el dueño del bar, me dijo:*

—*¡Hostia! ¿No has visto a tu colega, “el Juampe”?*

—*No. ¿Ha estado aquí? —Pregunté esperanzado.*

—*Sí. Acaba de salir hace un momento. Iba con cuatro tipos altos y rubios.*

—*¿Cómo? —dije. Pero no esperé respuesta. Salí del bar a toda prisa. De nuevo una neblina lo cubría todo, me envolvía—. ¡No! ¡No! ¡No! ¿Qué está pasando...? La neblina se disipó. El escenario era otro. De repente estaba andando tan tranquilo por La Rambla de Badalona, pero... ¿Qué coño me pasa? —pensé—. Es como si se produjeran agujeros en mi memoria. Solo una cosa parece inmutable: el cielo gris. Juampe había desaparecido. Estoy solo en la Rambleta. De pronto note una mano en mi hombro. Al girarme a mirar me quedé estupefacto; ante mí se alzaba un andamio de unos treinta metros y desde su cumbre, un gorila blanco me observa.*

—*¡Copito! ¡Oh, qué cuco! —dijo Atari—. ¡Qué cabrón, Jaume! ¡Ala! ¡Venga! Haz desaparecer también al gran mono blanco.*



—¡Qué va, Atari! —siguió Jaume— ...*Entonces me doy cuenta de que en el hombro tengo algo; al cogerlo vi que era un sombrero de cazador de búfalos, en plan Daniel Boone, solo que es blanco, parece hecho con el pelo del gorila. Mi cabeza estaba a punto de estallar. Arrojé el sombrero al suelo y me dirigí hacia “El Tiburón”. Pensé que Atari y Cañete debían de seguir allí. Necesitaba haceros entender* —dijo mirando a esos dos colegas— *que pasaba algo realmente macabro. Al poco, alguien me llama:*

—*Joven!* —*Al girarme vi a un vendedor ambulante que me ofrece algo en su mano, mientras me dice:*

—*Te compro eso que te asoma por el bolsillo. —Bajé la mirada y me quedé aterrorizado: de mi bolillo asomaba el sombrero que se suponía que acababa de tirar...*

—*No, no...* —*dije—. Se lo doy, si no es mío. —Me alejé de él con prisa, con paso firme; el miedo instaurado en mi corazón...*

*Un grito ensordecedor se mezcló con mi sudor:*

—*¡Jaume!* —*Se me puso la piel de gallina—. ¡Levántate!*— *gritó mi madre—. Son las siete.*

—*¡Puto sueño! Tíos. Puto sueño....*

—*¡Guau, nen!* —*dije—. ¡Qué sueño de loco! ¿Tú estás seguro de que estás bien de la perola?* —*Estallamos todos en la impenitente risa, incluido él.*

—*Toma* —*me dijo Pepe pasándome un canuto encendido y apestando a goma quemada. Era espectacular ver su humo negruzco.*

—*¿Tú...? ¿Tú eres tonto, no? No tío, no quiero fumar. Fúmatelo tú, colgao.* —*Ni que decir tiene que nadie quiso goma para fumar.*

—*Pues me lo fumo solo* —*dijo Pepe. Y de nuevo, la señora risa se presentó de nuevo en los labios de todos.*

—*Pero bueno...* —*dijo Atari—. ¿No íbamos a pillar algo?*

—*¡Déjate!* *Aquí se está de muerte. —Todos asentimos a Cañete. Allí estábamos; cinco colegas que, debido al LSD, empezábamos a tener serias dificultades de coordinación, sentados en La Rambla, en nuestra Rambla, formando un semicírculo muy abierto, muy predispuesto a convertirse en círculo; más que eso, predestinado a ello.*

## CAPÍTULO 8

Durante un buen rato, permanecemos en silencio, cada uno de nosotros absorto en sus propios pensamientos. Creo que por un tiempo indeterminado, perdí la noción de todo. Recordé a la gitana, la imaginé surcando el cielo camino de lo incierto, quizá hacia la eternidad.

Supe que algo estaba a punto de cambiar para siempre, fue como una premonición. Fui consciente de que una serie de gente estaba a punto de llegar. Los noté. Noté que esa gente formaba parte de algo importante. Entonces los vi acercándose a nosotros con determinación desde diversos puntos. Supe quienes eran; desde lejos emitían un halo extrañamente luminoso. Percibí que mis cuatro amigos seguían sumidos en su especial sopor. Quizá no debí tomarme el putito ácido entero. Estallé en carcajadas.

Lentamente fueron llegando.

—¿Qué hay Juampe? —me saludó Pistolero sentándose junto a mí.

—¡Hostias, *nen!* ¿Cómo estás?

—Pues, a pesar de lo raro que te va a sonar, menos *colocao* que tú. ¡Ufff! ¿Qué te has tomado?

—¡Joder, un putito tripi! Jaime cree que es de día... ¡Una pasada! —Mientras le explicaba aquello, su cara fluctuaba.

—¡*Mare meva, com anem!*<sup>1</sup>

Diciendo esto, saludó a los demás tocando con uno de sus dedos el canto de su sombrero.

Era un tipo interesante, hippie y yonqui, muy yonqui. Lo conocí tiempo atrás, en una timba clandestina de póquer. A veces íbamos allí a pasar el rato. Ese día entré en el bar en cuestión con Atari, y nos dirigimos a la trastienda. El lugar era vulgar; decorando la pequeña habitación, un mugriento papel roccocó y un techo amarillento y desconchado, una pequeña mesa redonda de madera —un poco coja— y cuatro sillas de mimbre. Sentados alrededor de la mesa había tres habituales a los que ya conocíamos de otras veces y Pistolero, con su inseparable sombrero al estilo John Wayne. Dos de ellos, tatuados y de pelo grasiento, iban hasta el culo de coca; el otro, un tipo de unos setenta años, parecía la nota anacrónica de aquel lugar. Trajeado y aseado, contrastaba con la dejadez de los dos jóvenes cocainómanos y Pistolero. Al entrar en la sala, los tres se giraron inmediatamente hacia nosotros, mientras Pistolero, totalmente colocado, permanecía con los ojos casi cerrados, sus gestos de una lentitud exasperante y sus pupilas del tamaño de la cabeza de un alfiler... Al comprobar que no había peligro continuaron con la partida.

—¿Quieres tirar de una puta vez, yonqui de los cojones? —lo apremió uno de aquellos tipejos. Pero este, en vez de lanzar su carta o decir algo, simplemente vomitó sobre la mesa.

—¡Arggg, qué asco! —Un espantoso olor atravesó el ambiente con rapidez.

—¡Coño! ¡Será hijo de perra! —dijo el mayor de ellos—. ¡Para una vez que cena y tuvo que ser chorizo!

Uno de los farloperos, levantándose de un salto, dirigió rápidamente su mano hacia el bolsillo. No hacía falta ser demasiado listo para saber que nada bueno podía salir de allí.

—¡Me cago en tu puta madre! —estalló.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Tranquilo tío! —intervino Atari—. ¿Qué no ves cómo va, hombre? Venga, venga, cálmate. Mi colega y yo nos lo llevamos.

Así lo hicimos.

El abuelo siguió allí ignorando la movida. Únicamente parecía preocuparle los restos de vómito que salpicaban su traje.

## CAPÍTULO 9

—¡Buen sitio! —dijo Marc al incorporarse al círculo.

Marc, como siempre enfundado en cuero negro hasta en pleno agosto. ¡Joder, cómo sudaba! Sonreí pensando: *debe de llevar los huevos “escaldaos”*.

Antonio y el Guitarra, dos punks, uno de ellos con una cresta increíblemente alta y un collar de perro abrazando su cuello, se sentaron a nuestro lado.

—¿Queréis fumar? —ofrecieron mostrando una postura de unos veinticinco gramos de chocolate. Todos sonreímos.

El Sevilla y su mujer vinieron a nosotros como moscas a la miel. Olían cualquier droga desde una hora lejos.

David, Chele y Faustino, cada uno por su lado, fueron llegando al lugar.

Ángel y el Niño se unieron al grupo poco después de que oyéramos un derrape descomunal en la zona de aparcamiento de la playa, frente a los perennes autos de choque. El coche era robado, como todos los que conducían aquellos dos críos: Ángel no pasaba de los 14 y el Niño —el jodido niño— tan solo tenía 8 añitos y una historia durísima a sus espaldas. Las carencias, las necesidades... fueron un buen caldo de cultivo para que los hijos de una época oscura buscaran una salida diferente en las drogas. Una vía de escape sin salida. Pero... ¡Qué coño! Al fin y al cabo, todos somos, simplemente, la suma de nuestros errores.

Imaginad el Arco Iris de un cuento de hadas y decenas de seres de ensueño cruzando por él. Eso era Badalona. Solo que el Arco Iris era sucio y desprovisto de color y los seres de ensueño eran jóvenes caballeros de pesadilla en busca de su Santo Grial: las drogas.

Fuera como fuera, poco a poco, el círculo tomaba forma. Todos fuimos atraídos hacia él guiados por el maldito destino. Los jóvenes que terminamos conformando aquel círculo perfecto en la noche, en medio de La Rambla, iniciamos nuestro rutinario ritual: fumar hachís.

Desde tiempos inmemoriales, grupos de humanos se han reunido en la noche a explorar la espiritualidad, lo eterno... En el caso que nos acontece, los ancestrales ritos iniciáticos no son más que una sombra en la historia. Nosotros, como muchos jóvenes de los 80, solo pretendíamos ponernos a gusto.

Pero aquella noche, algo fue diferente. Quizá fue simplemente una percepción, quizá algo místico empapó el lugar e hizo que ese círculo tan peculiar, tan perfecto, tuviera magia, una magia que perduraría en la eternidad como la sombra de una época, una magia capaz de fracturar el tiempo.

---

<sup>1</sup> ¡Madre mía, cómo vamos!

# CAPÍTULO 10

El silencio se apoderó por un instante del lugar, mientras todos preparábamos canutos. Al rato, una densa humareda blanca como la nieve nos envolvió como una madre protectora. El humo parecía no querer abandonarnos. Los transeúntes miraban de reojo y aceleraban el paso intentando estar el menor tiempo posible a nuestro alcance, pues la verdad es que, vistos desde fuera, debíamos de intimidar bastante. Todo el mundo sabe de lo que son capaces esos grupos, sobre todo, juzgados desde los ojos mojigatos de la moral. Poco podían imaginar que aquella noche no éramos más que unos jóvenes enfrentados a un resquicio de eternidad. El humo, las voces sin sentido de multitud de conversaciones intrascendentes, la risa provocada por las drogas y la adolescencia (esa risa que en un principio parece efímera y que, en no demasiado tiempo, acaba transformándose en una mueca de sonrisa eterna) nos aislaron momentáneamente de la realidad cotidiana.

Supe que nada volvería a ser igual, que todo empezaba y terminaba allí mismo. Tuve una extraña visión. Al mirar a mi alrededor no había nada, tan solo la majestuosidad del espacio infinito. Estábamos anclados en la nada. Una densa columna de humo ascendía hasta perderse de vista. Percibí cómo girábamos al unísono... Nada importaba más allá del círculo. Luces de colores nos unían en una gran aura conjunta.

Pistolero, profiriéndome un suave codazo, me arrastró hacia la realidad, una realidad que se volvía difusa. Veía y oía a mis amigos amortiguados, como si de un sueño se tratase.

—¡Eh! —exclamé mirando casi sin verlo.

—Toma. Fuma. —Me ofreció el canuto.

Miré todos aquellos rostros tan conocidos, como si los viera por primera vez. La mayoría éramos gente corriente, pero cada cual, cómo no, con su particular historia a sus espaldas. Habíamos crecido juntos. Habíamos entrado en el mundo de las drogas de la mano y en él avanzábamos, marcando cada cual su propio ritmo.

Al mirarlos allí sentados, en aquel maldito lugar, vi tristeza en sus expresiones. Emanaban desolación. Supongo que ellos percibían lo mismo en mí.

De repente escuché una extraña risa, una risa hueca. Intenté distinguir de cual de mis amigos provenía. Tardé poco en darme cuenta de que dicha risa tan solo estaba en mi mente, en un rincón; acechaba. Me asusté muchísimo. “Puto tripi”. Pensé que era el culpable de aquella distorsión y en parte así era. Bien, pensé, tan solo era cuestión de relajarse: así, tarde o temprano, desaparecería. Y en ese punto me equivocaba. La puta risa me acompañó durante mucho tiempo, en lo que podríamos llamar mi antigua vida. Llegué a pensar que mi mente era su casa, su morada. Si hubiera forma de retroceder y rechazar aquel tripi, golpear con fuerza la mano de Atari y lanzar aquellas cinco gelatinas impregnadas de ácido lisérgico lejos de nosotros... Por desgracia, eso no es posible. Una vez abierta la conexión multidimensional —fue lo que hicimos— no hay manera de volver a cerrarla. El mal ya estaba hecho, no había vuelta atrás.

Mientras estaba con mis amigos tuve una revelación. Conecté con el Cosmos, fui uno con él. Conforme miraba uno por uno a los componentes de aquel grupo, percibí todas y cada una de sus vidas. Tiempos habidos y por haber se conjugaban en un solo verbo.

De repente mi mente se expandió como una red; en ella se manifestaba hasta el más mínimo detalle de la vida de cualquier ser del planeta. Conocía todas sus vivencias pasadas, presentes y futuras, y no solo del mundo que nos había tocado vivir; de todas las dimensiones. Mi cabeza parecía estar a punto de estallar cuando todo me habló a la vez.

Fui consciente de quien era Dios, de la creación misma; formé parte de su esencia... ¡Maldito tripi! Vi cómo, en un lejano pasado, los átomos entendieron que no estaban solos. Fue entonces cuando se confabularon para crearlo todo; el aburrimiento los empujó a ello. Viajaron distancias increíbles... Billones, trillones de años luz, no tenían prisa, pero sí una finalidad: juntarse, hacer presión. Y así fue, lentamente fueron llegando desde todas las realidades, desde todos los tiempos. Ellos conformaban el Cosmos y se comunicaban conmigo. Tomé consciencia de la grandiosidad del universo, a pesar de que ello me transportó de lleno a la locura. Conforme alcanzaban su destino, cuchicheaban, instigaban, no querían vivir por más tiempo la eterna y aburrida soledad. Decidieron jugar a combinarse. Dieron inicio al juego con una inmensa explosión. Vi la luz de la misma, vi el júbilo en la esencia de cada átomo.

Desde entonces, juegan a crear formas y, a su manera, se comunican las diversas vivencias; un entramado sistema hace que cada uno sepa qué hacen todos sus hermanos. Y de alguna manera, esa noche, yo participé de dicha comunión. Cada una de mis partículas insuflando información, cada uno de los átomos de la creación interactuando conmigo, miles de millones, cifras sin fin de ellos, haciéndome partícipe de un conocimiento eterno; mostrándome un ser solitario, llorando junto a la gran explosión. Aquel pobre diablo encargado de que todo aconteciera: dual. Un ser condenado. Un Dios sin serlo.

Miles de millones de conceptos a medio entender se agolpaban en mí. Mi pobre cerebro captó lo que pudo y como pudo, a pesar de que cada uno de mis átomos entendía todo a la perfección. Mi cerebro enloqueció, pues no tenía los medios para asimilar una evidencia de tal magnitud.

## CAPÍTULO 11

—Juampe

—¡Eh! —volví a decir girándome hacia Pistolero.

—Pasa el canuto y coge este. —¡Dios, más humo! Por un momento abandoné todo aquel pensamiento, lo arrinconé a un lado junto a la insistente risa.

Observé a mis amigos con un conocimiento nuevo. Conocedor de sus vidas, ahora veía en ellos mucho más allá de lo que mis ojos solían ver...

Al fijar mi atención en Pistolero, comprendí el porqué de su adicción: una traición femenina a una muy temprana edad. El pobre abrió la puerta equivocada en el momento equivocado, con tan solo tres años, vio como su propio tío acometía, desnudo, a su madre, desnuda también, a golpes de cadera sobre la cama de aquella habitación. Su mente, a modo de protección, había bloqueado aquel nefasto recuerdo. De no haber sido así, seguramente, habría entendido por qué le hacía sentir tan terriblemente mal escuchar el ruido acompasado de los muelles de un colchón. Un resentimiento sordo se apoderó de él. Seguramente la tristeza de su alma fue la que lo empujó hacia el sórdido mundo de las drogas. Quizá si tan solo hubiera sido un devaneo por drogas menores, podría haber formado parte, simplemente, de una experiencia del pasado. Pero tuvo la mala suerte —o la mala cabeza—, de dar de bruces en la heroína, el juego más adictivo.

De nada había servido el dinero familiar, ni la férrea disciplina a la que sus padres sometieron a sus dos hijos. Adrià —ese era su nombre— descarriló de una vida normal y nunca más volvería a ella. Su hermano, con el tiempo, se encargaría de proporcionarle los mejores médicos. Todo lo que el dinero pudiera hacer por él, se haría, puesto que el dinero no era problema; la rabia, la tristeza, eso sí... Eso fue el punto de apoyo desde el cual Pistolero, hacía mucho que se había lanzado de cabeza a un oscuro pozo sin fondo.

Al verle allí, sentado a mi lado y rodeado de amigos, parecía feliz. Conociendo la verdad más oculta de su alma, no pude evitar sentir pena. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

## CAPÍTULO 12

Miré hacia Marc. Infinidad de porros pasaban de mano en mano formando una perfecta circunferencia en movimiento. Una parte de mi consciencia permanecía aferrada al universo. Pude ver cómo Marc se rompía por dentro aquel día en que, siendo un niño, su padre, un madero fascista, le dijo: “*Marc, hijo, vamos al trabajo de mamá*”. El muy cabrón lo llevó a La Rambla de Barcelona para mostrarle a su madre haciendo de puta.

Se ha de entender que era una época con mucho paro, con muchas necesidades y los padres de Marc nunca lo habían tenido fácil. Vivían en el Barrio de Pomar, en un pequeño piso que les había proporcionado el franquismo al desalojarlos de las barracas de Montjuic.

Durante un par de años no fueron del todo infelices. Aquel pisito era mucho mejor que la mugrienta barraca en la que habían vivido y su sueldo de policía hacía que no pasaran penalidades. No tardaron demasiado en adaptarse al cambio. Los problemas llegaron cuando quiso probar suerte en el juego. Poco a poco, su adicción fue en aumento y la miseria se instaló a sus anchas en aquel hogar.

Hacía mucho que no entregaba ni un duro en casa. “*Fes de puta*”<sup>2</sup>, le espetó a su mujer una de las veces que ella le imploraba dinero. Esta no se lo pensó demasiado. Aquella mujer hacía tiempo que había olvidado sus sueños de princesita feliz y tres hijos hambrientos empujan lo suyo.

Marc seguía muchas noches llorando por su madre, siempre en silencio. “*Llorar es de maricones*”, decía su padre. El crío tenía una pesadilla recurrente: veía a su madre llorando en una esquina solitaria de la calle Princesa. La oscuridad era casi total, aun así, él veía perfectamente en el sueño a su madre. Esta se deshacía lentamente como si fuera una vela, solo que en lugar de ser de inmaculada cera, era de putrefacta carne. En el sueño, alzaba la mano hacia él. “*Ayúdame hijo*”, le gritaba mientras Marc permanecía en pie, anclado al suelo sin poder socorrerla, escuchando las risas e insultos de su padre con lágrimas de impotencia surcando su rostro. Entonces, ineludiblemente, despertaba.

## CAPÍTULO 13

---

<sup>2</sup> Haz de puta.



Las risas se apoderaban frenéticamente de nosotros. Todos parecían sentirse tan bien en el maldito círculo. Yo no paraba de percibir los pasados de mi gente, mientras mi agustera era cada vez más descomunal. ¡Joder! Ahora yo también veía un sol radiante, a pesar de ser consciente de que no debían de ser más de las doce de la noche. ¡Dios! Mi enajenación me arrastraba irremediabilmente a los dominios del *Sombrero Loco*. Una lágrima rodó por mi mejilla. Miré en dirección a Cañete; este no podía tener los ojos más abiertos. Sin mover ni un solo musculo y ensimismado por el atracón de drogas, miraba directamente hacia mí.

Me adentré a hurtadillas en su infancia. Vi su felicidad. Creció en el seno de una familia modélica que se vio arrastrada al dolor el día que diagnosticaron cáncer a su hijo. Tras mucho sufrimiento superó la enfermedad, pero quedaron cicatrices en él, cicatrices en el alma y entendió algo que a su edad ningún niño debería entender, entendió que la muerte acecha. Siempre fue un tipo de sonrisa franca, pero tan solo su apariencia era alegre. Hacía mucho que Cañete se sentía triste. Desde muy joven buscó su refugio en las drogas, él decía que para divertirse, para sentirse libre... ¡Ya veis! Libre. ¿Qué es al fin y al cabo la libertad?

Somos esclavos de nuestra moral.

Somos esclavos de nuestras circunstancias.

Somos esclavos de nuestras obligaciones.

Somos esclavos de nuestras situaciones.

Somos esclavos de nuestras deudas.

Somos esclavos de nuestro estado mental.

Somos esclavos de la sociedad.

Somos esclavos de nuestros países.

Somos esclavos de nuestros vicios.

Somos esclavos de nuestra propia muerte.

Muchas veces pienso que la libertad es una utopía inalcanzable y que en el fondo nos vamos convirtiendo en esclavos de nuestras propias decisiones.

## CAPÍTULO 14

—¿Te encuentras bien, Juampe? —me dijo al oído Jaime después de haberse acercado desde su posición.

—Sí —le dije. Deseé quitarle las gafas. Mi propio sol me abrasaba—. ¡Vuelve a tu sitio, no rompas el círculo! —casi le grité. Este lo hizo de inmediato burlándose entre risas:

—¡Huy, sí. No sea que se rompa! —Me estremecí. Creí que nuestro vínculo con la realidad empezaba y terminaba en aquel círculo.

Tras su sonrisa se ocultaba un gran pesar, un secreto que le avergonzaba tanto, que jamás se había atrevido a explicar. Inmerso en sus recuerdos me lo reveló sin querer. Siendo un niño escuchó a su padres discutir en plena noche. Se suponía que él dormía, pero no era así. ¿Quién coño hubiera podido dormir con aquellos gritos? Descubrió que el matrimonio que componían no era más que una farsa...

—¡Quieres fumar, Juampe! —me apremió Pistolero—. ¡Que se acumulan, tío!

Cogí el canuto que me ofrecía, pasando a su vez el que sostenía en mi otra mano. En aquel momento una oleada de “conocimiento universal” —que mejor manera de llamarlo— atenazó mi abrumada mente. Miles de historias se agolpaban. Supe qué pensaba Napoleón en el momento de morir, también qué pasaba por la mente de su madre cuando este nacía. Cada horror, cada miseria, cada alegría, cada honor, cada dolencia. ¡Puto tripi! No puedo evitar sonreír al pensar en la pasta que darían algunas revistas del corazón por toda aquella información.

Era capaz de concentrarme y separar vivencias que llegaban a mí en cascadas de información. Fijé de nuevo la atención en Jaime, en su infancia. Vi cómo este escuchaba, en un pasado, la realidad del lastre que acarreaba su padre. El héroe que todo padre es para sus hijos se le resquebrajó. No era más que un homosexual que se había casado para enmascarar su condición. Le decepcionó tanto...

Jaime era el pequeño de cinco hermanos, el único varón; el pequeño con diferencia, fruto inesperado de un matrimonio ficticio de avanzada edad. Sus padres se habían casado en una época oscura donde no había cabida para un homosexual, una época en la que un “maricón” podía ir a prisión por desviado, una época donde lo más sensato era casarse y sublimar de por vida tus instintos naturales. La rancia dictadura y su convivencia absoluta con la Santa Iglesia así lo exigía de la mano de un férreo castigo. El terror absoluto hacia las peligrosas cárceles y sus torturas era el mejor incentivo para enmascarar una vida.

Dentro de este contexto se vio atrapado el padre de Jaime, y por consecuencia su querida madre. Esta no sospechó del engaño hasta pasado mucho tiempo. El pequeño, ignorante por completo de toda situación política, no podía comprender que su padre era, tan solo, una víctima más del franquismo y que aquello, simplemente era una tapadera. La mirada que todos veíamos en él no era más que la decepción que jamás lo abandonaría.

Recordé mi propia infancia, adornada con el alcohol, los gritos, el incontrolable cinturón de mi padre... Entendí su ira. La vida, a veces, se nos muestra miserable. Mi padre no superó jamás la guerra que le tocó vivir; los recuerdos de la misma persistían martilleándole cada noche en forma de pesadilla. Quizá yo empecé a drogarme por joderlo. Ahora era consciente de que el hombre no era más que otro ser humano desgarrado por dentro, desde el día en que, en aquella cruel guerra de hermanos contra hermanos, tuvo que matar. En sus recuerdos seguía intacta la cara del muchacho al que disparó. Lloré al sentir cómo cada noche, mi padre veía en sueños la expresión de sorpresa de aquel niño al caer abatido. Indagué en los recuerdos de mi progenitor, en su pasado. Lo vi regresando a casa, en su pueblo natal, Vélez-Rubio, en la provincia de Almería, un pueblo como tantos otros de la Andalucía de la época. Cuatro caciques y una cabida extraña para aquellos que habían luchado del bando equivocado, que por supuesto, siempre es el de los perdedores. Los gobernadores de turno, fascistas y adeptos al nuevo régimen “*Por la Gracia de Dios*” abusaban constantemente de su posición.

Noté el terror que se filtraba por cada poro de su piel. El trabajo, el matrimonio, los hijos, el miedo omnipresente de ser detenido y asesinado en una cuneta... Muchos de sus amigos desaparecieron así. Llegaba un camión y los detenidos se esfumaban para siempre, eran enterrados como perros sin nombre. Al amanecer, el ruido de las detonaciones anunciaba nuevas desapariciones. Esa fue la realidad de aquella época, en aquella España negra de la posguerra.

Mi padre creía que, los que como él no morían, simplemente era porque el régimen los consideraba mansos corderos. La rabia le crecía por dentro, mas por miedo jamás la exteriorizó fuera de casa, intentaba apagarla con el vino.

La familia prosperó en el pueblo, pero era complicado para él convivir con los asesinos de sus amigos, con aquella especie de nuevos señores feudales de la nueva España. Aquella angustiosa situación y cinco hijos a los que sentía la necesidad de proporcionar un futuro que no estuviera marcado a fuego por el miedo le llevó a tomar una determinación: emigrar. Por aquel entonces Cataluña era la meta para muchas personas, pues la industrialización requería mano de obra. Así fue como en 1954 marchó en busca de su particular dorado: un futuro mejor para sus hijos, y cómo no, escapar del pasado. En aquella época, ni mi hermana Trini, ni yo, habíamos nacido, pero mis padres ya cargaban con cuatro hembras y un varón. Mi padre se asentó en nuevas tierras, mi madre y sus cinco hijos fueron hacia él un año después. Me habían contado infinidad de veces aquel viaje de ilusión hacia papá, hacia una nueva y esperanzadora vida.

## CAPÍTULO 15

—Juampe, tío ¿Qué haces? —me preguntó Atari advirtiendo mi abstracción. Por un momento volví a aquel presente y me vi a mi mismo en pie mirando a mis amigos, riendo y llorando a la vez.

—No sé... —le contesté a media voz. Su expresión denotaba preocupación.

—¿Te acompaño a casa? —me dijo. A lo que respondí:

—No, sigamos aquí, no rompamos el círculo.

—Si acaso, Atari, lo llevamos... —dijo Cañete. La verdad es que eran muy buenos amigos.

—No tíos, ya está. Es que me ha dado un subidón, pero ya estoy mejor— dije mientras me sentaba de nuevo. Pistolero me ofreció un canuto. Esta vez, simplemente, me limité a pasarlo sin fumar.

Volví a recular en el tiempo para husmear de nuevo en aquel pasado familiar. Mi hermana María era la mayor. La vi de pie en el arcén; en ella percibí oscuridad, turbación, miedo... El largo viaje a Barcelona estaba a punto de empezar. En sus brazos sostenía a su hermana, mi tía Juana, de apenas tres meses de edad. El arcén estaba saturado de gente, de maletas de cartón llenas con los recuerdos de toda una vida, ropa limpia pero zurcida y gastada. Una argamasa de sentimientos contradictorios, de despedidas, llantos, ilusiones, rencor, esperanza, ansiedad... María estaba tan asustada...

Vi a mi madre, llena de juventud. El tiempo se doblaba; a la vez que veía su juventud en aquel pasado ya lejano, veía también su presente; un presente negro. Supe en ese instante que una semana después, en aquel presente que era mi realidad, a mi madre le detectarían un cáncer de estómago que en muy breve tiempo me la arrebataría para siempre. Quizá entre todo el dolor que se apoderó de mí, aquella certeza fue la que golpeó mi ser con mayor fuerza. Mi particular rotura interna...

Ese era yo, el hijo de unos inmigrantes andaluces, nacido en Cataluña, golpeado por mil sensaciones. Empezaba a tener claro que la toma de aquel tripi me había resquebrajado la mente. De pronto divisé, en el mar, lejos, en el horizonte, como una gran pared se elevaba hasta casi alcanzar el cielo. Era una enorme ola en movimiento y venía hacia la costa. Un maldito tsunami se dirigía hacia nosotros con todo su poder destructor. No reaccioné, me quedé sentado, invadido por un pánico tal, que me ancló al suelo. Conforme la ola se acercaba irremediamente, cerré los ojos con fuerza esperando el impacto. Este no llegó.

—Toma tío. Fuma. —Abrí los ojos de nuevo y cogí el petardo que Pistolero me pasaba. Ni rastro de la maldita ola. Fue entonces cuando vi con nuevos ojos a mis amigos. Eran despojos humanos. La carne de sus huesos se desprendía y caía al suelo. Los gusanos pululaban a sus anchas en inmensas llagas. ¡Joder! Era igual que en el último vídeo clip de Michael Jackson, un mar de zombis me rodeaba. Me levanté de un salto, me aparté unos metros y vomité al lado de una fuente que coronaba la Rambla. Desde el círculo, un coro de risas llegaba hasta mis oídos, como desde la lejanía. Inclinado y apoyado en dicha fuente, intenté calmarme. Aquello debía de ser, sin duda, una alucinación producida por el LSD, eso lo tenía claro, aun así, a pesar de esa certeza... ¡Joder! A pesar de ello, parecía tan real... Allí estaban mis colegas deshaciéndose literalmente en jirones de carne putrefacta.

Mi corazón palpitaba intensamente. Sudaba y me costaba respirar. Entonces, desde lo alto de la fuente, una voz de niño acaparó mi atención; dijo claramente: “*Juampe ¡Apártate merluzo!*”. Al alzar la vista vi la figura que tanto conocía sobre el pedestal, un niño en cuclillas y otro saltando a horcajadas sobre él. Dos niños con pantalón corto y sin camiseta, dos niños sonrientes, dos niños que, como la misma fuente, eran de hierro forjado. El que saltaba me observaba amenazante dando la sensación de ir a abalanzarse sobre mí como un ave rapaz sobre su presa de un momento a otro. Aunque lo hubiera intentado, no me habría dado tiempo de esquivarlo, mi estado no me permitía reaccionar, así que, nuevamente, me defendí de la misma manera que lo había hecho momentos antes: cerré los ojos y apreté los dientes con la absoluta certeza de que aquel ser me devoraría. Me resigné.

## CAPÍTULO 16

—Juampe, tío. —Abrí los ojos y a mi lado se encontraba Pistolero, con cara de preocupación. Casi en un acto reflejo miré la figura de la fuente; los niños seguían en su postura eterna, en la quietud y la calma que les otorgaba el hecho de ser de hierro forjado. La absurda situación hizo que no pudiera contener la risa. Me apoyé en Pistolero para no caer al suelo —la risa, a veces, arrasa con el equilibrio, o quizá fuera el pepino—. El hecho es que allí estaba yo, riéndome de mi propio caos mental, apoyado en un colega que se caía a trozos, envuelto en asquerosos gusanos...

—Pistolero, ¿sabes qué? ¡Eres un zombi de puta madre! —Ni que decir tiene que Pistolero no entendió por donde iban los tiros.

—Joder, compañero. ¡Vaya *morao!* Solo a vosotros se os puede ocurrir tomaros un puto ácido de esa manera. Uno ha de ser comedido. —Recuerdo que pensé en lo curioso de la situación; “comedido”, un puto yonqui me hablaba de ser comedido—. El ácido se toma a cuartos. Sois unos capullos, os habéis tomado uno entero como si fuera un caramelo. Estáis *zumbaos* —diciendo esto, introdujo la mano en el bolsillo de su chaleco—. Toma —me ofreció. En la palma de su mano, tres pastillas redondas y de color marrón claro. Sin cogerlas le pregunté:

—¿Y eso que es? ¿De verdad crees que necesito algo más?

—Mira. Estas rulas son *Valium*, me aportan un poco de paz cuando empieza *el mono*. Son relajantes; yo siempre procuro llevar. “Yonqui precavido vale por dos”. —Ambos reímos la absurda gracia. Personalmente, los yonquis siempre me han dado un poco de pena.

—Lo que te pasa ahora mismo es que no estás sabiendo llevar las alucinaciones, te estás dejando arrastrar por el pánico. Debes relajarte, dejarte ir, disfrutar las visiones. Hazte a la idea de que eres un chamán en busca de la conexión del hombre con el universo, en vez de un anormal drogado hasta las cejas y cagado de miedo.

“Conexión del hombre con el universo”. Sonreí. Si él supiera...

—Está bien, dámelas. —Alargué la mano, cogí las tres pastillas y con un movimiento brusco las introduje en mi boca. Me agaché y bebí agua de la fuente. Ya puestos pasé mi nuca por el chorro; mi cabeza quedó empapada. Al incorporarme, el pelo goteaba sobre mi ropa. Fue refrescante.

—¡Muy bien, si señor! ¡Ahí, con moderación! ¡Dí que sí! —Miré a Pistolero que seguía a mi lado observándome con aire incrédulo. Me miraba y no dejaba de dar sonoras y lentas palmadas—. ¡Muy, pero que muy moderado, el señorito Juampe! —siguió hablando—. ¡Ahí, con dos cojones! Autocontrol. El tío... ¡Ala! ¡Zasca! Las tres *pa dentro*. Como los bebés con la papilla: *to pa dentro*. ¿No te apetece un eructo para redondearlo, capullo?

—¿Qué pasa? —le pregunté, observando con alivio que ahora ya no parecía un zombi.

—¿Cómo que “qué pasa”? ¡Te acabas de tomar las tres rulas de golpe!

—¡Joder! Perdona. Creí que...

—“Creí que... Creí que...” —se burló de mí—. Acabamos de hablar de ser comedido, ¿no?

—¡Hostia, es verdad, nen! Ya sabes que soy un golosillo. —Pistolero empezó a reír y, cómo no, yo también. Como ya dije, era fácil reír en aquella época—. Venga, vamos con los demás, que se lo van a fumar todo.

Nos acercamos de nuevo a nuestros amigos. Nada más tomar asiento, alguien me pasó un canuto; lo cogí, di una gran calada, contuve el aire todo el tiempo que pude en mis pulmones y a continuación exhalé una columnata imparable de humo blanco y denso. Una tos ronca me invadió. Pistolero golpeó mi espalda, mientras yo golpeaba con fuerza mi pecho.

—Ya pasó, ya pasó... —dije intentando contener aquel acceso de tos.

Lentamente todo volvía a la normalidad. Mis amigos volvían a ser seres humanos sin pústulas y yo sentía un torrente de paz colonizando mi cuerpo.

Entonces, la enorme sombra de un péndulo se abalanzó sobre mí para desaparecer al instante. Dirigí mi mirada hacia el lugar del que procedía. Allí, en el cielo, pude ver cómo el sol oscilaba hacia un lado y hacia otro y, casi al momento, caía al mar, como si Átropos hubiera cortado el hilo que lo sostenía a la bóveda celeste. No escuché ningún impacto, pues el sol no llegó a tocar el agua del mar, simplemente desapareció en el aire. La noche volvía a reinar nuevamente. Me tranquilicé un poco. Todo parecía volver a su cauce.

—Jaume, ya te puedes quitar las gafas, nen. —Jaume lo hizo y, en un acto reflejo, puso su mano a modo de visera. Evidentemente, para él, el sol persistía. Al ver aquello, no pude evitar estallar en una carcajada. Nadie me prestó demasiada atención: para aquel entonces cada cual estaba sumido en sus propias risas. Multitud de dispares conversaciones pululaban por el círculo. En conjunto, nuestras voces sonaban como un mantra, quizá incluso como un puto gallinero. Fui consciente de que algo maravilloso me estaba ocurriendo. Aquella asfixiante sensación de comunión con el universo, con el pasado, presente, futuro; aquella especie de sabiduría, había desaparecido. Ya no percibía todas las vidas habidas y por haber. No podéis ni siquiera imaginar la paz que sentí en aquel momento, fue una sensación extremadamente gratificante, mucho más incluso que un orgasmo. Todo volvía a la normalidad... Bueno, no exactamente; seguía percibiendo toda aquella extraña comunión con el cosmos, como en uno de esos sueños que se instalan en la punta de la lengua, pero más real, más latente, instaurado tras el cerebro, casi derrapando por el pelo, agazapado y agarrado al hueso craneal con fuerza. A pesar de todo, la risa continuaba imperturbable en mi cabeza, más suave, casi sorda, pero latente. Aun y así suspiré; me sentía tan libre... El exceso de *Valium* hacía que casi no pudiera ni abrir los ojos, pero qué más daba, pudiendo palpar el siguiente porro, lo demás me importaba poco.

## CAPÍTULO 17

Un silbido insistente acompañado del ajetreado traqueteo de un tren me arrancó bruscamente del país de los sueños. No sé cuánto tiempo dormí, podrían haber sido cinco minutos o cientos de años, lo cierto es que me sentó muy bien. Me encontraba totalmente relajado. La pesadez de los párpados había desaparecido por completo. Me sentía liviano.

Al ver que me incorporaba, Pistolero me ofreció un canuto.

—No tío, no me cabe ni una calada más —rechacé.

—Haces bien, Juampe. Lo dicho: moderación. Me voy a meter un pico.

El muy cabrón lo dijo con suma naturalidad. Era un yonqui pulido, eso sí, si algo me quedaba claro era que ese tipo jamás se contagiaría de sida.

Un día, mientras esperaba a que bajase Cañete, sentado en su portal, se acercó a mí un conocido de la infancia. Parecía un vagabundo con aquellas sucias ropas, sus mugrientas manos y el insoportable hedor que desprendía. Me pidió fuego. Saqué el encendedor de mi bolsillo y se lo ofrecí. Cuál no sería mi sorpresa cuando el colega dejó ver el contenido de su mano izquierda: una chuta con todos los números de la cánula borrados; en su interior, un poco de líquido marronoso. Inmediatamente mi mirada quedó clavada en aquella aguja, ¡joder! estaba completamente torcida y ennegrecida. El chaval me contó que estaba obturada y que el encendedor era, precisamente, para desobstruirla. Aplicó la llama y casi al momento probó si aquella asquerosidad funcionaba. Una gota de aquel maldito líquido osciló en la punta resistiéndose a caer; entonces aconteció la escena más dantesca...

Observé absorto toda aquella operación. El tío intentó clavarse en la vena aquel proyecto de aguja, pero no atravesaba la piel. “*Cámbiale esa aguja, hombre. ¿Qué no ves que está asquerosa? Eso ni siquiera pincha*”, le dije, pero claramente él tenía otra idea sobre el asunto. No dijo nada, se limitó a agacharse y a rascar la punta por los adoquines de la acera con intención de afilarla. Una vez realizada tan pulcra operación, procedió a intentar de nuevo la punción. Esta vez tuvo éxito, la aguja penetró en la piel al segundo intento y se instauró en la vena, la cual daba muestras de haber sufrido dicha agresión infinidad de veces. Las venas del pliegue interior del codo formaban una espectacular “Y” de punciones a medio sanar.

Ni siquiera se sentó; allí, de pie, empezó el suave bombeo. Primero extrajo sangre; no mucha, la justa para que el líquido de la cánula se tornara rojo. Luego, con calma, hizo bajar aquel veneno presionando el émbolo con el pulgar, el líquido desapareció. Instantes después se incorporó al torrente sanguíneo. Repitió la acción cuatro o cinco veces y retiró la jeringuilla. Aquella aguja había hecho una pequeña fisura de la cual empezó a emanar sangre; no mucha, tan solo un fino hilito. Se limitó a humedecerse la punta del pulgar con la lengua y a pasarlo suavemente por la zona afectada. Increíblemente, la sangre dejó de manar. Acto seguido me ofreció el encendedor. Lo rechacé. “*No, no, quédatelo*”. Sonrió aceptando aquel regalo, pero lo cierto es que me dio asco volver a tocarlo. “*Venga, colega. Hasta otra...*”, dijo mientras guardaba la jeringuilla en su roñoso calcetín, y reanudaba la marcha. ¿Hacia dónde? Estaba claro: a robar lo que fuera para volver a chutarse lo antes posible. Intentar evitar a toda costa el terrible *mono*; así llamaban al síndrome de abstinencia. Cuanto más cerca de ese momento estuviera, más violento se volvería a la hora de intentar hacerse con dinero. Aquel chaval tenía una facilidad pasmosa para apuñalar a quien fuera por unas migajas de dinero.



Esa fue la última vez que supe de él, por lo menos con vida. No había pasado ni un mes de aquello cuando una noticia salpicó la pantalla de televisión: un heroinómano había sido encontrado muerto en la riera de Pomar—Morera. Decían que el individuo en cuestión tenía casi todos los huesos del cuerpo rotos. Imaginaban que lo habían molido a palos. Nunca encontraron su cabeza. Otro ajuste de cuentas... Otro muerto por la lacra de las drogas. Otro joven aparcado de la vida.

En el barrio, la gente, las madres, los abuelos e incluso nosotros mismos, nuevamente, lo que pensamos, lo que dijimos fue “*Otro puto yonqui menos. ¡Que se joda!*”

## CAPÍTULO 18

Mientras recordaba todo aquello, Pistolero preparaba toda la parafernalia para chutarse el pico anunciado. De un bolsillo interior de su chaleco, sacó una pequeña cajita metálica; parecía un diminuto ataúd; irónico, puesto que, ciertamente, muerte es lo que contenía.

El círculo experimentó un profundo silencio. Miré a mi alrededor; “*demasiados ojos ávidos*”, pensé. Al abrir la caja, su contenido, pulcramente ordenado, quedó al descubierto: una jeringuilla de vidrio desmontada en dos partes que Pistolero no tardó en ensamblar, una inmensa aguja hipodérmica enroscable, una pequeña botellita de alcohol y otra de agua destilada y, cómo no, una pequeña papelina de heroína.

—¿Te vas a chutar aquí? —y señalé al crío de ocho años que había venido con Ángel.

—¿Ese? —sonrió Pistolero—. Fíjate en sus ojos. Es el más goloso. Te aseguro que sabe de qué va esto...

Joder. Pistolero tenía toda la razón del mundo, sus ojos delataban anhelo.

—¡Ángel, llévate al *enano*! —grité.

—No te preocupes por él, Juampe, no será la primera vez que lo vea. Sus viejos también se chutan.

Miré de nuevo a aquel niño. Estaba agazapado, en cuclillas, fumando chocolate sin parar. Más que un crío parecía una gárgola. Sus ojos enrojecidos encerraban una fría mirada, demasiado fría. Aún hoy en día, no sé si me infundió más pena que grima o más grima que pena.

Dirigí mi atención hacia Pistolero y su elaborado ritual. Una vez montadas las dos piezas, procedió a vaciar la caja. Rompió la botellita que contenía el alcohol y escanció su contenido en un pequeño departamento estanco de la cajita. Metió dentro la aguja y le prendió fuego. Debido al silencio, un sonoro *ploff* se escuchó al combustionar. Al poco, apagó aquello, esperó un tiempo prudencial a que la aguja no quemara y la ensambló a la chuta. Entonces sacó de su bolsillo una cuchara con el mango retorcido; su forma de anillo le permitía sostenerla con facilidad. Vació en ella el contenido de la pequeña papelina del tamaño de una uña. Una porción miserable de polvo marrón manchaba una pequeña parte de la base de la misma. Luego abrió la botella de agua destilada y vertió una ínfima cantidad sobre aquel grotesco y maldito polvo. Después cogió un encendedor y aplicó su llama a la cuchara calentando su contenido. Así la mantuvo hasta el momento en que el agua se tiñó de un marrón intenso y empezó a burbujear. Entonces esperó con impaciencia a que la mezcla se enfriara. Me invadió un fuerte olor a medicina, un olor acre... Mientras, Pistolero nos agasajó con un estruendoso pedo.

—¡Joder, qué cerdo eres! —le insultó Faustino tapándose la nariz.

—Perdonad —se excusó Pistolero—. Cuando estás a punto de chutarte, el cuerpo se vuelve un poco loco; el estómago se descompone.

—¡A ver si te vas a cagar encima, tío! —dijo Marc sonriendo.

—Pues no sería la primera vez, te lo aseguro.

—¿Cuánto cuesta esa papelina?

Más rápidamente de lo que me hubiera gustado, David dijo:

—Dos mil pesetas.

—¡Dos mil *pelas*! ¿Y cuántas te chutas al día? —Pistolero se giró hacia mí y empezó a explicarme:

—Eso depende. Para serte sincero, todas las que puedo. No sé, hay tíos que tiran con una, otros con una no tienen ni para empezar... Tengo colegas que se chutan veinte diarias y un tipo de Pomar que hace ocho años que se mete caña, tan solo lo hace una vez al mes... Es todo muy relativo, Juampe.

Yo estaba alucinando. Un sueldo alto de la época era de 150 000 pesetas, pero la mayoría de curritos no superaban las 100 000; muchos yonquis eran hijos de estos últimos. ¡Joder, veinte papelinas diarias equivalían a 40 000 pesetas! ¡Uffff, qué locura! De ahí el juego interminable: papelina-chuta-robo, papelina-chuta-robo... Un juego que, en principio y con suerte, solo podía detenerse con una condena carcelaria; si no era así la otra alternativa era la muerte.

—¿Y tú de dónde sacas la pasta? La verdad es que no te hago robando.

—No, jamás he robado en mi vida, ni lo haré. Soy de moral muy estricta. —El tío era la leche.

—¿Y cómo te lo montas, entonces?

—Luego te lo cuento. Ahora deja que me chute de una vez ¿quieres?

—Por supuesto tío. Chuta, chuta.

Pistolero siguió con su ritual, sin prisas, pero claramente con ansia. Sacó un cigarrillo de su paquete de Fortuna y procedió a arrancar una pequeña hebra de la boquilla; hizo una bola con ella y la arrojó dentro de la cuchara.

—¿Para qué haces eso? —pregunté.

—¡Joder tío, qué pesadito! —me dijo sonriendo—. Hace de filtro.

Acto seguido metió la punta de la aguja dentro del líquido y la puso en contacto con el pequeño algodoncito. Fue llenando la jeringuilla. Cuando terminó la operación, el líquido llegaba hasta el número 10; escasamente un centímetro cúbico de líquido marrón. En ese momento, Pistolero nos “deleitó” con otro estruendoso cuesco.

—Huy, huy, o me chuto ya o se me derrama la caca.

Ni que decir tiene, todos reímos su frase, aunque no creo que él pretendiera hacer ninguna broma.

Lo que aconteció después lo habíamos visto centenares de veces en los últimos años: la aguja a la vena, el líquido al torrente sanguíneo y casi al instante, las facciones sumamente relajadas evidenciando una inmensa paz. Sus gestos se ralentizaban, su voz bajaba una cuarta, sus palabras eran pastosas... Muchas veces, en los primeros chutes vomitaban. Era increíble ver los dos extremos, puesto que el mono implicaba todo lo contrario: una hiperexcitación en la cual podían hacer las cosas más descabelladas. Una verdadera locura de vida.

Pistolero terminó su punción. Con calma recogió los bártulos y durante un buen rato quedó alienado, fuera de juego...

## CAPÍTULO 19

—¡Hey, ven aquí hombre! —le gritó Ángel al Niño, que sin razón aparente se había levantado y corría como un loco.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Chele.

—¿Qué le va a pasar? Que lleva un *morao* de la hostia y cuando se pone a gusto no sabe ni lo que hace. Fíjate, ahora le ha dado por correr, otras veces por gritar, otras por llorar... Es impredecible.

—Si es que no es más que un crío... —intervino Faustino compadeciéndose—. ¿Qué hace por la calle a estas horas? Son las dos de la mañana, debería estar en casa durmiendo. ¿Sus padres lo saben?

—Sus padres son dos yonkarrones —respondió Ángel.

“*Y tanto que lo eran*”—pensé. Y recordé la historia que unas semanas antes me había contado él mismo en los autos de choques situados en la playa frente a la calle del Mar.

Aquel día estaba con Cañete; Atari trabajaba allí y muchas veces nos proporcionaba fichas gratis. Muchos festivos, bajábamos con él. Era un curioso lugar varado en el tiempo, una atracción perenne anclada junto al mar. En las fiestas de Mayo o en cualquier época en que la feria visitaba nuestra población era frecuentado por centenares de personas, cobraba vida, incluso parecía que sonriera. Pero no todo dura eternamente. Los feriantes recogían y marchaban para continuar su particular trashumancia. Cuando esto sucedía, daba la sensación de que el lugar se entristecía, perdía su buen ánimo. Es ridículo, lo sé, aun así, podría jurar que su color se deslucía, se tornaba lúgubre. Era entonces cuando lo habitaba una curiosa *fauna*, un sin fin de sujetos que parecían ser atraídos por alguna fuerza oculta.

Aquel día en cuestión estábamos Cañete y yo —como ya he dicho— sentados en la barra protectora del recinto, fumando canutos, cómo no, y riendo. Vi como llegaban por la Rambla Ángel, el Niño (me daba tanta grima que jamás pregunté su nombre) y cuatro críos más. Eran todos de San Roque, uno de los barrios más conflictivo de Badalona, y por Dios os juro que aquellos pequeños eran verdaderos hijos de puta. Oscilaban entre los dieciséis años y los ocho de aquel crío infernal. Muchas veces llegaban en un coche robado; algún 600, un 127, un 124... Decían que eran fáciles de robar. Con estos vehículos se desplazaban a sus anchas y, de paso, aprovechaban para desvalijar su interior. A veces, como remate a su obra, los destrozaban o quemaban.

Aquellos seis energúmenos se dedicaban a asaltar con navaja a todo aquel que se dejara. Solían ir con un colega nuestro de la Morera; este era enorme y entre todos intimidaban a sus víctimas, normalmente pijitos que iban a Titus.

Casi todos eran hijos de obreros, gente normal con verdaderos cabrones por hijos. Ese tipo de bandas proliferaban como la podredumbre en un trozo de carne expuesto al sol. Pequeños grupos de menores que delinquían por sistema; niños que en vez de acudir a clase, se pasaban la mayor parte de los días pululando por las calles de nuestra ciudad, buscando víctimas, buscando dinero y consumiendo drogas; muchos de ellos uniformados con pantalón tejano y chupa de cuero, chapas de *AC/DC*, *Deep Purple*, *Led Zeppelin*, *Ramones*, etc., puestos hasta el culo de drogas, la testosterona supurando por su piel y una navaja en el bolsillo. En definitiva, pequeñas bombas de relojería andante, futuros yonquis, futuros talegueros, futuros muertos...

Todo ello fue un buen caldo de cultivo para la oleada de robos que en aquella época asoló Badalona, Cataluña, España... Aunque aún hoy en día, pasados tantos años, sigo creyendo que el ingrediente más péfido de aquel cóctel fue la falta de empleo; demasiado tiempo libre. Muchos terminaron siendo esclavos de las drogas. Coqueteaban con todo: cola de impacto, anfetaminas, hachís, cocaína, mezcalina, marihuana, Padillan, Reinold, Optalidón, Diazepán, LSD, Dexedrina, Valium... Todo era bueno para darse al juego. Ansiolíticos, estimulantes, antiepilépticos, jarabe para la tos, antidepresivos, depresores.... Todo era bueno regado con alcohol. Al fin y al cabo, todo subía, todo hacía que la realidad quedara atrás, aunque solo fuese por un rato, pero dicho problema tenía fácil solución: tan solo era cuestión de tomar más. Un tosco sistema para intentar disfrazar una realidad de penalidades.

Muchos de los jóvenes que se dieron a ese juego, con el tiempo, dejarían toda esa mierda, pero una parte de ellos dio de bruces con la horma de su zapato: la heroína.

Toda esa *fauna* confluía de una manera u otra en aquella Badalona, degradándola día a día, y una de sus principales ubicaciones era, precisamente, aquella vieja atracción.

## CAPÍTULO 20

—¡*Empanao!* —me gritó Jaume al oído sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué? —Durante un instante no supe ni dónde estaba.

—Toma, fuma. —Me ofreció otro canuto. ¡Dios! ¿Es que no se terminaba nunca o qué?

—Voy a la playa a mear. ¿Te vienes?

—Uf, Jaume. Mejor ni intento levantarme, tío —le dije arrastrando muchísimo las palabras debido al Valium—. Jaume se fue deprisa.

—Vale, vale, sigue en tu mundo —dijo mientras saltaba la valla del tren.

Fue la última vez que lo vi. Sencillamente paso a ser uno de los miles de desaparecidos que engrosan las listas de casos sin resolver de la policía.

Solo yo conozco su paradero. Jamás debió de atravesar aquella extraña puerta. Puto tripi.

## CAPÍTULO 21

Ángel y sus colegas no iban a tardar demasiado en ser heroinómanos; de hecho, ya estaban inmersos en la espiral de su consumo.

Aquel día en los auto-choques se acercaron a nosotros. Yo sostenía un canuto en la mano. El pequeñajo, al verlo, me lo pidió. Me negué. Ni loco dejaría que fumara. Se empezó a poner muy pesado; ese tipo de pesadez que solo los enanos saben manifestar. Entonces, cuando me fijé en sus ojos, en sus pupilas, pude ver que eran del tamaño de la cabeza de un alfiler. Alcé la vista hacia los demás; todos iban igual: hasta el culo de caballo. Me levanté y agarré a Ángel por la pechera.

—¿Le habéis dado caballo al crío? —le reprendí.

—¿Nosotros? ¡Qué va, Juampe! Mira tío, de tanto en tanto nos chutamos, pero no te preocupes, lo tenemos controlado. —Jodida frase—. Y no, no te apures, no le hemos dado caballo al crío, es él quien lo trae. Sus viejos son camellos y él empezó a chutarse a los siete años, de hecho, lo hemos probado por él. De tanto en tanto, le roba unas migajas a sus viejos. —Me quedé atónito.

Yo venía de una familia clase media-alta. Ni se me habría pasado por la cabeza probar las drogas siendo un chaval, pero estaba claro que aquel crío no era, ni siquiera, clase media-baja, directamente, sus padres eran bazofia.

—¿Pero cómo es posible que haya gente así?

—¿Que cómo es posible, Juampe? ¡Na! ¿Tú qué sabrás de la vida, pijo de mierda? Vives en la Morera, tío. Juegas a ser un poco macarra fumándote una mierda de porro y levantando la solapa de tu chupa. La vida es dura, colega. —Pensé que quizá tenía razón. No repliqué—. ¿Quieres saber por qué es así el enano?

—Entiéndeme, Ángel, mi hermana mayor tiene un hijo de su edad. Mi sobrino es un encanto. En cambio, cada vez que veo a ese cabroncete, se me ponen los pelos de punta. Me parece que no puede ser real.

—Claro hombre, si te entiendo, pero la vida de este —señaló al Niño con la cabeza— no ha sido precisamente un camino de rosas.

Personalmente, poco andaba por aquel barrio. San Roque hacía de frontera entre Badalona y San Adrián. Bloques y más bloques de cemento que se asemejaban a un cementerio, un lugar donde hacinaron a centenares de familias procedentes de cutres barracas, tan prolíferas en los 50. Mi recuerdo de aquel Sant Roque es un recuerdo sumamente gris, un lugar subhumano donde la miseria campaba a sus anchas. Por supuesto, muchas familias trabajadoras también vivían allí, gente sencilla, gente humilde sin pretensiones. Desgraciadamente, la heroína clavó sus fatídicas garras con mucha fuerza en aquel maldito lugar. Era fácil ver en sus plazas yonquis chutándose, gente trapicheando... Cualquiera droga era asequible si tenías dinero, pero la que más impacto causó fue, sin duda, la heroína. Curioso nombre, *heroína*, pero en cierto modo, el más apropiado: realmente cuando entraba en contacto con la sangre, la gente se creía invencible. ¡Pobres diablos! Poco podía imaginar el químico Dreses los desastres que causaría su creación.

Una vez leí un relato sobre la posibilidad de viajar al pasado y matar a Hitler antes de que este imaginara siquiera su futuro genocidio. En ocasiones me pregunto qué ocurriría si alguien pudiese aparecer en 1883 y matase de un tiro a bocajarro al químico alemán antes de que sintetizara la morfina y la transformara en la temible heroína. Por otro lado, su propósito era mejorar la calidad de vida de la gente, no crear atracadores, asesinos y adictos. Muchas veces sucede eso; el ser humano crea algo ahondando en su parte positiva, pero la sempiterna dualidad hace que, irremediabilmente, surja la parte oscura.

¿Sería un asesino quién hiciera eso? La heroína ha matado más gente que el puto genocidio alemán. Y ya puestos, ¿por qué no mandar a una mujer? Así podríamos usar ese nombre con propiedad, devolviéndole su esplendor, puesto que ella sí sería una heroína.

Los titulares de los periódicos de la época eran demoledores: “El 5% de los jóvenes ha probado la heroína en algún momento”, rezaba un titular. “La sociedad no encuentra el camino para regenerar a tanto joven delincuente. Muchos de ellos son reeducados en el campo”, anunciaba otro.

¡Qué ironía! Sus padres habían huido del campo buscando un futuro mejor y ese futuro había convertido a sus hijos en maleantes. Era fácil ver a niños menores de diez años inhalando cola y pegamento. Bandas infantiles invadían las calles. Una de las más peligrosas era de la Mina, —un barrio tan nocivo o más que San Roque: había cometido más de 500 delitos. Casi cada día alguna noticia sobre la violencia generada por el consumo de estupefacientes salpicaba la realidad, era algo tan cotidiano como el paro y la miseria.

Unos años atrás, *El Vaquilla* había horrorizado a la sociedad —*Dios mío, un niño delincuente*, decía la gente—. En los 80, la palabra delincuente y la palabra niño iban muchas veces de la mano, demasiadas veces.

“Un muchacho de 15 años, *El Gato*, eclipsa, incluso la dura historia del *Vaquilla*”—, anunciaba la portada de *La Vanguardia*—. No demasiado tiempo después El Periódico marcaba en primera plana la historia de *El Chocolate* y *El Macarra*, dos chavales que se enfrentaban a 300 años de condena. Mantuvieron en vilo al país con once rehenes durante veintiséis horas en el transcurso del atraco a un banco.

Podría continuar horas y horas explicando fechorías perpetradas por menores, solo en aquel año. 1983 fue un duro año para una generación que veía cómo sus hijos se adentraban en una oscura realidad, aunque para ser justos, muchos de esos padres habían contribuido a ello con sus constantes borracheras.

Lo dicho, fue una época dura. El 16% de alumnos catalanes no conseguía, ni siquiera, el Graduado Escolar y ese fracaso unido a la imposibilidad de encontrar trabajo fomentaba aquella peligrosa forma de vida. En definitiva, el fracaso escolar, el primer escalón de descenso hacia el infierno...

Ángel empezó a narrarme la vida, la corta vida de aquel crío. Me dijo que sus padres eran yonquis y que tuvieron al Niño siendo aún adolescentes. Muchos bebés vienen al mundo entre algodones, rollizos y sonrosados; este en particular, nació en la calle, entre basura, en el barrio de Can Tunis (un barrio marginal de la periferia de Barcelona), y con el síndrome de abstinencia bajo el brazo.

La madre ejercía de puta en las largas temporadas que el padre pasaba en prisión. El bebé fue alimentado con leche y algo de caballo —si no era así, no cesaba de llorar— hasta los tres meses. Fue entonces cuando detuvieron a sus padres por un robo con agresión. El primer médico que atendió al infante no pudo evitar derramar unas lágrimas al ver el estado del pequeño. Tras unos meses de tratamiento, limpiaron su cuerpecito de sustancias tóxicas y le entregaron la custodia a los abuelos paternos (pues los maternos habían muerto siendo ella una niña, en un accidente de tráfico. Pobrecita. De hogar de acogida en hogar de acogida, de abuso en abuso...).

La criatura estuvo con sus abuelos un par de años, quizás los únicos normales de toda su puta vida. Entonces otorgaron la libertad a sus progenitores; estos salieron a la calle limpios de *polvos impuros*. Juraron y perjuraron no volver a las andadas.

Los abuelos compraron un pisito en un bloque cercano, con los ahorros de dos trabajadores impenitentes que vieron un atisbo de luz en sus vidas con la curación de su hijo. A solas comentaban que quizá la cárcel no había ido mal, que quizá era lo que su hijo necesitaba para abrir los ojos...

En realidad así había sido. Su hijo y su nuera habían pensado largo y tendido sobre su futuro. A partir de ahora, nada de atracos, nada de hacer de puta, nada de drogas...

Por desgracia no todo es como esperamos. Dos meses después, un atraco salió bien. 500 000 pesetas limpias de impuestos, no así de sangre. En su frenética huída dispararon a un guarda de seguridad del banco, matándolo en el acto. Pero eso era lo de menos, lo importante era que ese dinero, bien jugado, era un pasaporte para no volver a pasar el mono nunca más.

Y así fue. Invirtieron el dinero íntegro en jaco de la mejor calidad, que una vez mezclado con tiza y mil productos más: azúcar, quinina, lactosa, barbitúricos, bórax, sedantes, Piracetán..., se transformaba en la mierda que corría por la calle.

En la cárcel, y desde la experiencia, un camello con el que él compartió celda, le reveló *el secreto* para no tener demasiados problemas con la justicia. Era sencillísimo, parte del dinero debía de ir a la persona indicada: el comisario de turno.

El juego era sencillo: cuando vendían la mercancía, compraban más. Los sobornos alejaban a la policía. Ellos aseguraban su consumo diario y el sobornado una buena jubilación. Nadie perdía. Bueno... quizá sí: el Niño. Día tras día, convivía con sus padres, casi siempre colocados. De muy pequeño aprendió que si quería comer, más le valía buscarse la vida. Desde los cinco años era el encargado de ir a por el caballo ¿Quién sospecharía de él?

No sé si cuando una criatura nace con el síndrome de abstinencia, más tarde, cuando crece, lo recuerda. Pero lo cierto es que él empezó a los siete años a *coger* una ínfima cantidad. Sus padres ni se enteraban. Él, muchas veces, preparaba el corte de la droga. A los ocho años se chutaba como un campeón. Imaginad a alguien de esa edad haciendo semejante locura... ¡Joder! Me parece demencial, pero así era. ¿Qué quedaba de un país que depositaba su esperanza de futuro en los jóvenes?

Recuerdo que pregunté a Ángel cómo sabía tanto de aquel enano. *Es hijo de mi primo*, me dijo. No lloró, pero su cara evidenciaba una gran tristeza. Recuerdo que todos aquellos niños, a pesar de que siempre estaban riendo, reflejaban, a su vez, tristeza en la mirada.

—Ángel.

—Dime, Juampe.

—Ve a buscar al chaval, ¿no?

—Sí, voy.



Ángel fue en pos del hijo de su primo. Su figura fue engullida por la noche. Al rato escuchamos un nuevo derrape. Los dos marcharon de allí de la misma manera que habían llegado.

No volví a saber de ellos hasta dos semanas después. La cara del Niño no se veía, pero reconocí su cuerpecito en la foto de aquel periódico. *¡Joder, ocho añitos y en portada!*, pensé. El artículo rezaba así:

“Otra estúpida muerte rompe la rutina”

Ayer por la tarde un niño de ocho años, vecino del Barrio de San Roque, increpó en el Parque de las Palmeras a Juana Martos, también vecina de Badalona. El Niño pidió a la mujer un duro, navaja en mano. Esta, al ver la corta edad del atracador, lo ignoró y continuó su camino. El niño, que en aquel momento se encontraba bajo los efectos de la heroína, hirió gravemente a la mujer. Poco después los servicios médicos de urgencias no pudieron hacer otra cosa que certificar su muerte.

El artículo desvelaba mil detalles más del suceso. Testigos desolados por no haber sido capaces de prever aquel final, conocidos de la pobre mujer alabando a su persona y lamentando la pérdida y, cómo no, de aquel puto diablo...

¿Qué fue después de aquel monstruo? Le perdí el rastro. Imagino que se desvanecería del reformatorio donde lo encerraran y volvería a materializarse en el mismo infierno. A sus compañeros de fechorías no les aguardaba un destino mucho mejor. Adictos a la heroína, cárcel, sida, muerte, muerte, muerte...

Una vez pregunté a Pistolero a qué olía el caballo al quemar.

—Huele —me ofreció. Mi negativa fue tajante, no quería ni oler aquel veneno.

—Bueno, Juampe, verás... Huele como a café excesivamente tostado, mezclado con caramelo amargo. Un olor seco, acre, que nada más llegar a tus fosas nasales, hace que tu cuerpo se estremezca.

—¿Qué va, Pistolero! ¡Qué va! Esa mierda huele de una hora lejos a muerte.

Años después vi a Ángel, único superviviente de aquel quinteto. Era padre de un precioso niño de ocho años. Su mirada seguía siendo triste, con esa profundidad que solo denotan los ojos de aquellos individuos que han vivido demasiado.

—¿Sabes una cosa, Juampe? —me dijo mientras me mostraba la foto de su hijo—. Por suerte, él aún juega. —Una lágrima casi invisible rodó por su mejilla.